

EL DÍA QUE  
LA VEA LA VOY  
A MATAR  
GUILLERMO  
FADANELLI



Lectulandia

*El día que la vea la voy a matar*, es sin ninguna duda una de las publicaciones más vertiginosas e interesantes que se han hecho recientemente en México. Las situaciones que aborda el autor seguramente nos dejarán un crudo sabor de boca, aunque también nos divertirá con sus inigualables sátiras en las que seguramente nos veremos reflejados, al grado de poder identificarnos con alguno de sus singulares personajes. El recuerdo de sus pequeñas historias, se convertirá muy probablemente en una grata experiencia.

*El día que la vea la voy a matar*, resulta en ratos divertida, algunas veces desconcertante, pero nunca pasará desapercibida, pues nos da un enfoque tanto cómico como crudo de nuestra vida cotidiana; una visión tan real y certera, que nos provoca incluso ese extraño sentimiento de desconocer lo que ya conocemos, de descubrir por primera vez lo que todos los días aparece ante nuestros ojos, y que sin embargo requiere de una segunda mirada para percibirlo. Esa segunda mirada es la mirada aguda de Guillermo Fadanelli.

**Lectulandia**

Guillermo Fadanelli

# **El día que la vea la voy a matar**

ePub r1.0  
Titivillus 01.11.16

Título original: *El día que la vea la voy a matar*  
Guillermo Fadanelli, 1991

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## ***Primera Parte***

## Rogelio contra el muro

ROGELIO DESEABA ATRAVESAR LA pared y era evidente que no poseía ninguna otra meta en su vida. A causa del azar vivíamos dentro del mismo cuarto, pues el día que habiendo leído el anuncio en el periódico me presenté a rentarlo él se presentó también. Sin embargo, el dueño de la vecindad decidió darme preferencia a mí pues le pareció inconveniente que Rogelio babeara todo el tiempo. A mí eso me tenía sin cuidado y su aspecto no me era del todo desagradable así que allí mismo lo invité a vivir conmigo; en breve concertación acordamos pagar la renta entre los dos. El dueño objetó de inmediato que el cuarto estaba destinado para una sola persona pero al percatarse que Rogelio enrojecía y empezaba a echar espuma por la boca no tuvo inconveniente alguno en que fuéramos compañeros de cuarto.

Era un hombre hermético; a veces me sonreía para que yo no pensara que su silencio era un signo de hostilidad. A la semana de habernos mudado creyó necesario confesarme la mayor obsesión de su vida.

—Con un poco de concentración —me dijo— atravesaré la pared.

No añadió nada más pero algunos días después fui testigo de su primer intento. Tomó distancia —casi dos metros—, corrió hacia el muro y se estrelló provocando un tremendo escándalo al caer al suelo. Quise auxiliarlo pero él me rechazó amablemente.

—No te preocupes, estoy acostumbrado.

Regresé a mi cama y él a la suya; minutos más tarde lo escuché roncar con singular descaro. Al día siguiente un fuerte ruido me despertó: Rogelio lo había intentado otra vez y se hallaba tirado en el piso frotándose el rostro con ambas manos. En esta ocasión su recuperación fue más lenta; apenas se hubo incorporado, se fue hacia el baño dando un par de traspiés. No tuve más remedio que vestirme. Estaba poniéndome los zapatos cuando lo vi entrar nuevamente a la habitación. Me dio los buenos días y antes de meterse bajo las cobijas no dudó en advertirme:

—Mañana lo lograré.

Todo continuó con normalidad, nuestra convivencia resultaba agradable y la relación parecía marchar por buen camino. A petición mía había accedido a esperar que yo estuviera despierto para intentar atravesar la pared y de esa manera no interrumpir mi sueño tan bruscamente. Era un hombre amable: llevó su delicadeza hasta el grado de esperar a que yo saliera del cuarto para estrellarse en el muro.

Los problemas iniciaron un poco más tarde cuando Rogelio, obstinado en llevar a cabo su propósito, aumentó el número de tentativas. Un día abrí la puerta y tropecé con su cuerpo; tenía el rostro bañado en sangre. Lo llevé hasta la regadera, dejándolo

allí un buen rato mientras me preparaba algo de cenar. Como no reaccionaba lo arrastré hasta su cama y lo cubrí con una estera delgada. Se volvió cotidiano el hecho de que siempre, al abrir la puerta, Rogelio estuviera batido en sangre e inconsciente en el piso; me molestaba tener que hacerme cargo de él, llevarlo hasta el chorro de agua, cargarlo hasta su cama y cobijarlo, aunque con el paso de los días no tardé mucho en acostumbrarme. Después de un mes, Rogelio, que para entonces mostraba un rostro completamente desfigurado, me pagó la renta con admirable puntualidad. Me alegró saber que pese a todo había logrado conservar la razón y a manera de recompensa aquella noche, al llegar a casa y encontrarlo en el piso en medio de su habitual charco de sangre, lo jalé hacia fuera del cuarto abandonándolo en el patio de esa vecindad que a no ser por nosotros dos estaría totalmente deshabitada.

A la mañana siguiente me despertaron unos gritos.

—¡Eureka! ¡Eureka! —gritaba Rogelio mientras tocaba con desesperación la puerta.

Abrí y me encontré con su rostro sonriente.

—¡Lo logré hermano! —me dijo al tiempo que se desplomaba en mis brazos. No pude evitar que una lágrima corriera por mis mejillas, lo arrastré hasta el baño y lo dejé un largo rato bajo el chorro de agua.

# Macabeos

DECIDÍ SUICIDARME. VIVO EN la ciudad de México. Tengo 42 años, una esposa con dos cicatrices en el vientre, un hijo imbécil, una casa con dos recámaras, sala y comedor, un diploma colgado en la pared. Durante las noches veo la televisión.

Voy a matarme. Tengo 29 años y vivo en la ciudad de México; tengo una mujer que cuando me distraigo mira a otros. Mi abuela tiene 65 años y es una inútil; he viajado y todos los países me resultan semejantes; en la pared de mi departamento tengo una fotografía donde estoy sonriendo bajo uno de los arcos del Coliseo de Roma.

Esta noche me cortaré las venas. Tengo 18 años y he leído a los clásicos; mis padres aún conservan la fotografía de su boda; durante las noches miramos el noticiario y tomamos café. Vivo en la ciudad de México en un condominio que tiene el nombre de un héroe nacional.

Tengo 13 años. No me acostumbro a escurrir sangre por la vagina, quisiera ser de piedra; mi madre llora durante las noches y mi padre tiene un auto que lava todos los domingos; mi hermano habla de política y su novia quiere casarse. Vivo en la ciudad de México y tengo un maestro que usa corbatín y nos habla de juventud y de libertad. Esta tarde me llenaré el estómago de pastillas.

Durante 20 años asistí a la escuela. Mi padre cambió su auto seis veces a lo largo de toda su vida y mi primera novia usó, en el transcurso de nuestra relación, las pantaletas de su madre. Desde hace tiempo he pensado en colgarme y no esperaré hasta mañana.

Vivo en la ciudad de México. Tengo 16 años y mi madre ve las telenovelas durante las tardes. Hace una semana rompí accidentalmente un cenicero de cristal cortado y enterré los restos en una maceta. Estoy seguro de que quiero morirme.



## Maldito sietemesino

SENTADO SOBRE EL COFRE de un automóvil esperaba a que la sociedad terminara de pasar frente a mí. El sol se había detenido justo sobre mi cabeza y todo parecía indicar que no se movería de allí. Intentaba recordar la marca del auto sobre el que estaba sentado: ¿Ford? ¿Renault? ¿Bimbo? ¿Mary Baker? No tenía la menor idea y eso me entristecía. ¿Dina Diesel? Preferí abandonar la empresa y continué viendo pasar a la gente. ¿A dónde irían?

—¿Podría usted hacer el favor de bajarse de mi auto? —dijo una voz. Sin embargo, yo me encontraba muy bien en aquel lugar, así que ignoré la pregunta—. ¿Amigo, es que no me ha escuchado?

—¿Dodge? ¿Volkswagen? ¿Pato Pascual? —murmuraba intentando pasar inadvertido. Un hombre vino entonces a pararse frente a mí:

—¡Oiga!... ¡Pero si eres tú, Guillermo! ¡No puedo creerlo!

El tipo estaba tan entusiasmado que me vi obligado a bajar del auto para darle un abrazo.

—¿Cómo has estado? ¿Cómo están todos en tu casa?

—¿Qué marca es este automóvil?

—¡Ay!, Guillermo, eres el mismo de siempre; ven, subamos al auto, tenemos muchas cosas de qué hablar.

Acepté la invitación y me vi obligado a escuchar a aquel hombre hablar excesivamente sobre nuestra infancia y nuestra juventud. Cuando ya no tuvo nada más que decir calló y esperó a que yo dijera algo también. No quise defraudarlo.

—¿Y que marca es este automóvil?

—¡Ay!, Guillermo, eres el mismo de siempre —tal parecía que esa pregunta le estimulaba la lengua. Ahora se hallaba pidiéndome un favor—: No te pediría algo así si no te tuviera confianza, pero eres el único a quien puedo acudir. La providencia te ha puesto en mi camino, ¿no crees?

—Sí, creo que fue ella.

—Se trata de lo siguiente... —me explicó que su madre llegaría esa tarde a visitarlo y él no tenía la menor intención de verla. Pensaba que había muerto o que vegetaba en algún asilo de ancianos, pero en la mañana un telegrama le había confirmado lo contrario—. Es abominable... no podré soportarla.

—¿Quieres que la mate?

—No, no, Guillermo, te lo agradezco, pero no sería capaz de pedirte algo así; sólo quiero que me sustituyas durante esta tarde. Se irá mañana mismo muy temprano. Recíbela, hazla sentir en su casa, dile que has sido bueno y que piensas en mamá con

mucho cariño. ¿Lo harás? Dime que lo harás.

—Lo haré.

—No te podrá reconocer. No me ve hace mucho tiempo y además es miope.

Puso en marcha el auto y me condujo hacia su casa. Durante el camino encendí la radio y escuché canciones en inglés.

—¿Sabes inglés? —me preguntó al verme tan animado.

—Yes.

—*You are a great friend, really.*

—Yes.

En la pared de su casa estaba colgado el retrato de su madre. Lo observé detenidamente. Mauricio se acercó a mí e hizo lo mismo.

—¿No te parece espantosa? —me preguntó.

—Como cualquier madre —dije y me dispuse a ver el televisor mientras él continuaba observando la fotografía de su madre. Repentinamente empezó a gritar y a insultar al viejo retrato:

—¡Bastarda, destrozaste mi juventud, pero ya no permitiré que te metas en mi vida! ¡Asquerosa!

Desde mi sillón lo tranquilicé:

—Basta, Mauricio, es sólo una fotografía.

—Tienes razón, Guillermo, en realidad no es tan mala. Quizás yo he tenido también algo de culpa.

En la televisión, el héroe tenía un auto similar al de Mauricio. ¿Datsun? ¿General Electric? Preferí quedarme con la duda y no preguntar. Antes de irse, Mauricio me hizo algunas recomendaciones. La más conveniente fue la de comer algo antes del encuentro, eso me daría fuerzas. Me dio un fuerte abrazo y volvió a agradecerme.

—No se te olvide hacerle un té de canela sin que ella te lo pida, se pone furiosa cuando tiene que pedir un té de canela.

—No te preocupes, Mauricio.

—Por favor, llena la tina de agua tibia por si desea darse un baño. No olvides poner a flotar el patito de hule. Se pone histérica si no tiene el patito de hule junto a ella mientras se baña.

—No te preocupes, Mauricio.

—No se te ocurra mencionar a mi padre, desoló oír su nombre se pone rabiosa. Mi pobre padre hizo tan bien en abandonarnos cuando yo tenía cinco años.

—¿Por qué te preocupas tanto por ella si la odias?

—Es mi madre, Guillermo, no lo olvides.

Cuando por fin se fue me dirigí hacia la cocina para prepararme un bocadillo. Nunca había estado mejor la programación en el televisor. Cuando el hombre más débil de la película estaba besando a la mujer más fuerte, sonó el timbre. Abrí la puerta, encontrándome frente a frente con la mujer del retrato y con un hombre que me veía con mala cara.

—¡Mauricio, hijo! —gritó la vieja al abrazarme—, no te pusiste loción para recibirme, pero no importa, estoy tan contenta de verte. Te has olvidado de tu madre, ya hablaremos, no me separaré más de ti pequeño, me decía todo esto mientras yo observaba con desconfianza al hombre que estaba parado al pie de la puerta. Mauricio no me había dicho nada acerca de él. Cuando pude soltarme de los brazos de la anciana corrí a abrazar a aquel hombre, pues supuse que se trataba de mi hermano. Él sonrió y me extendió los brazos; seguramente Mauricio lo tenía bien informado. Escuché de nuevo la voz tipluda de la vieja:

—Dale una buena propina a este hombre, me ha acompañado desde el taxi hasta la puerta.

No tenía un solo centavo, así que decidí correr al taxista.

—¡Lárguese! ¡Seguro que en las escaleras le agarró el coño a mi madre!

—¿Cómo se atreve? —tartamudeaba.

—¡Cómo se atreve usted, degenerado pendejo! —Le cerré la puerta en la cara. Cuando regrese al televisor, la anciana me había ganado el asiento.

—Siempre perdiste el tiempo viendo estos programas inútiles, hijo, veo que no has cambiado nada. ¿Qué tienes que contarle a tu madre?

—Nada.

—¿Cómo nada?, ¿te molesta que haya venido? Seguramente, nunca me has querido, pensé que la distancia te había hecho cambiar.

—Soy como mi padre.

La vieja, roja de ira, entornaba los ojos, observándome desconcertada.

—¿Cómo te atreves a mencionar a ese patán en mi presencia? Nunca lo habías hecho.

—Es mi padre —interrumpí— e hizo muy bien en dejarte cuando yo tenía cinco años.

La vieja se soltó a llorar pero pude darme cuenta de que fingía. ¿A cuánta gente habría chantajeado en su vida este gusano?

—¡Silencio! —grité—, no se puede mirar el televisor. Si mi padre te dejó fue porque eras una puta degenerada que no lo dejaba en paz. Me jodiste la vida y ahora quieres empezar de nuevo. ¡Bastarda, asquerosa! —Resultó: se hizo el silencio y yo pude terminar de ver el programa. La vieja estaba pálida y no movía un pelo. Fui hacia la cocina para prepararme otro bocadillo cuando escuché un grito:

—¡Mauricio, ven acá inmediatamente!

Volví, ella tenía un palo en las manos con el cual trataba de intimidarme.

—Quiero que repitas eso que me dijiste hace unos momentos.

Yo estaba satisfecho, había comido y visto la televisión. No tenía por qué soportar a ese monigote por más tiempo.

—Me voy con mi padre, no te soporto más.

—¡Acércate, maldito sietemesino! —continuaba amenazándome.

—El agua está lista. Puedes ir a masturbarte con ese patito de hule que tanto te

gusta —le dije y cerré la puerta. Cuando estaba a media escalera escuché un golpe seco sobre el piso. Seguramente la vieja se había desmayado. Cuando salí de aquel edificio vi pasar por la avenida un auto igual al de Mauricio. ¿Ford? ¿Datsun? ¿Pioneer?

## María Candelaria

¿QUÉ HACER CON MARÍA Candelaria? Cada vez que aludo al tema mis amigos enmudecen, nadie se atreve a darme consejo alguno, nadie quiere intervenir en la suerte de María. Ayer la encontré dormida dentro del clóset, me imagino que se da cuenta que estorba, que su presencia es un inconveniente; a cualquiera le puede suceder que su hija sea una imbécil, pero eso no me consuela. Cuando el doctor — nunca olvidaré ese enorme grano que sobresalía de la punta de su nariz— atravesó la puerta de la sala de operaciones para decirme que el nacimiento de mi hija ponía en peligro la vida de mi mujer, yo no me imaginaba que la recién nacida sería esto que actualmente corre al clóset a esconder su miserable condición; si me lo hubieran dicho... si la tecnología no sirve para predecir el nacimiento de un engendro, entonces ¿para qué sirve?

Los hombres llegan a la luna, o cruzan océanos en cuestión de minutos, se comunican de un polo a otro y yo tengo que conformarme con una hija idiota; la tecnología es injusta. Recuerdo a la perfección las palabras que en aquel entonces le dirigí al doctor —aquel grano era en realidad bastante desagradable—, quizás fuera un presagio, lo debí haber imaginado y no haber dicho esas palabras que condenaron a muerte a mi mujer; me veo entonces levantando el rostro para mostrar la seguridad con la que habría de tomar esa decisión, como los antiguos capitanes de barco tomaban la de hundirse con su barco. ¿Cómo pudo ser posible?

—Adelante, doctor, y que sea lo que Dios quiera —con el pecho inflado y la voz impostada—, y que sea lo que Dios quiera.

¿Y qué fue lo que quiso el grandísimo hijo de la chingada?, pues eso que se esconde en el clóset cada vez que ve a su papá. Debo conformarme, lo sé, pero también sé que no soportaré mucho tiempo. María Candelaria ha querido hacerme la vida más grata, pero apenas si lo ha logrado. Llevando al extremo su actitud de pasar desapercibida, comenzó hace una semana a cagarse en la azotea como un gato; la veía subir sigilosamente por las escaleras sin intentar detenerla, con la esperanza de que perdiera el equilibrio y se viniera abajo. Se pasaba largas horas en la azotea y, cuando yo obsesionado me asomaba por la ventana para preguntarle lo que hacía en aquel lugar, ella respondía gritando desahogada:

—¡Aviones! ¡Aviones! ¡Aviones!

Hace una semana, viajando juntos en el Metro, tuve una idea que me pareció afortunada, descendí de la estación y esperé a que el tren se marchara, le quité a María Candelaria uno de los listones que sujetaban sus largas trenzas —quiero aclarar que las trenzas se las confeccionaba una vecina que aunque gozaba de buena salud,

me parecía igualmente imbécil— y lo lancé hacia las vías. María Candelaria quiso de inmediato lanzarse también hacia las vías con el fin de recoger la prenda caída, pero se lo impedí.

—Espera a que venga el tren —le susurré al oído como un padre sensato y cariñoso. El tren, sin embargo, tardaba y la niña ya estaba desesperada por recoger su listón. Lloraba y quería soltarse de mi brazo, sus gritos empezaron a llamar la atención, yo también estaba perdiendo la paciencia—. Espera a que venga el tren, hija de la chingada —no pude más y la dejé libre.

María Candelaria voló, parecía un pato apelmazado intentando emprender el vuelo y cayó justo en medio de las vías, lejos de las líneas de corriente; el tren estaba ya próximo, pero todavía tardaría algunos segundos en llegar; una mujer que había observado la escena se desvaneció y cayó a mis pies, un hombre corrió y jaló dos o tres palancas de emergencia y evitó que la desgracia ocurriera. Quise correr, huir de aquel lugar; la mujer desmayada y el hombre que había jalado las palancas serían unos magníficos padres para María Candelaria, pero yo no. Sin embargo, toda la gente que se había reunido en el andén me rodeaba y me señalaba como el único padre, el único responsable; de pronto, la multitud se abrió y apareció un hombre con traje azul y corbata trayendo de una mano a María Candelaria, venía a entregármela, había descendido por ella a las vías y ahora venía a depositarla en mis brazos. La idiota babeaba y me sonreía, algunas viejas no soportaron la carga emocional de la escena y empezaron a sollozar. Eso sucedió hace una semana y todavía no me puedo resignar, haber dejado escapar la oportunidad de ofrecerle a María Candelaria un mundo mejor para ella y también para mí.

Hace unos días me di cuenta que el hijo de la vecina violaba a mi hija durante las mañanas, aprovechando que yo estaba en el trabajo. Lo supe porque una vez, al regresar antes de la hora habitual, encontré a María Candelaria sin su falda de cuadros y con los calzones en la mano; el hijo de la vecina, que tendría aproximadamente dieciocho años, escapaba por las escaleras que llevaban a la azotea.

¿Qué hacer con María Candelaria?

Ninguna mujer ha aceptado vivir conmigo, mis amigos se han alejado. Adelante, y que sea lo que Dios quiera. ¡Pero qué bruto!, debí haber supuesto lo que aquel enorme grano que tenía en la punta de la nariz el médico significaría más tarde para mí.

¡Que sea lo que Dios quiera!

## Mi mamá me mima

«A MAURICIO NUNCA LE gustó la televisión», fue lo único que recordé cuando lo encontré de frente en el supermercado mientras empujaba un carrito. Fue tal su alegría al reconocermé que corrió hacia mí extendiéndome los brazos. Yo había acudido al supermercado con el fin de robar algo de comida, pues no tenía un solo centavo y estaba hambriento.

—¿Cómo estás, Guillermo, hermano? —me preguntó entusiasmado.

—Nunca te gustó la televisión.

—¡Ah!, eres el mismo de siempre —se sorprendía, entre tanto yo observaba aquel carrito repleto de comida—. ¿Y a qué te dedicas? ¿Dónde has estado? ¿Cómo están tus hermanos? ¿Cómo están todos en tu casa?

—No toda la programación era mala —añadí incapacitado para responder a todas sus preguntas.

—Eres el mismo de siempre, Guillermo, no hay la menor duda.

Lo acompañé hasta la salida: él no paraba de hablar; exasperado estuve a punto de abandonarlo con la palabra en la boca. En ese momento se le ocurrió invitarme a comer.

—Sólo que tendrás que soportar a mi madre —reconvino—; ¿te acuerdas de ella? ¿No? Pues tú sabes, su enfermedad, el caso es que siempre está de mal humor.

—No te preocupes —le dije sinceramente.

Su casa era pequeña y agradable. En un rincón su madre leía una revista sentada en una silla de ruedas.

—He invitado a Guillermo a comer —comentó Mauricio entusiasmado.

La mujer ni siquiera alzó el rostro para recibir a su invitado. Tendría cerca de cuarenta años, probablemente muchos más. Mauricio entró en la cocina dispuesto a preparar la comida y desde allí me gritaba:

—¡Guillermo, platica un rato con mi madre!

La mujer dejó de hojear la revista mirándome de arriba abajo y haciendo una mueca despectiva. Yo en cambio le sonreía.

—A su hijo nunca le gustó la televisión —improvisé intentando romper el hielo, pero ella continuaba viéndome desafiante. Entonces me bajé la bragueta y le mostré el pene. Como había deducido, su rostro experimentó repentinas modificaciones. Le gritaba a su hijo:

—¡Mauricio! ¡Mauricio! ¡Este tipo es un asqueroso!

Mauricio no prestó demasiada atención al escándalo pues se había acostumbrado a las exageraciones histriónicas de su madre. Al sentirse ignorada, tomó una de sus

enormes agujas de tejer y maniobrando sobre su silla rodante vino a mi encuentro. Yo apresurado me guardé el pene y corrí hasta la cocina.

—¿Te puedo ayudar en algo?

Mauricio argumentó que yo era su invitado y que no habría de permitírmelo. Me invitó a salir, volver a la sala y continuar conversando con su madre. Mi temor no era gratuito, pues presentía que aquella mujer estaría escondida junto a la puerta, dispuesta a atacarme en el momento de salir. Mauricio insistía, así que no tuve más remedio que efectuar un salto olímpico para salir de la cocina; alcancé a escuchar a Mauricio, sorprendido por mi agilidad, repetir que era yo el mismo de siempre. Por fortuna, la inválida había regresado a su rincón y fingía estar entretenida mirando la televisión. Me agradó la idea; me dispuse a sentar en el sillón frente a la pantalla pero ella volvió a tomar sus agujas en señal de amenaza. Supuse que de aproximarme al sillón sufriría un violento ataque. En ese momento sonó el teléfono que estaba sobre una repisa muy cerca de mí. Alcé la bocina y dije:

—¿Bueno?

Alguien del otro lado preguntaba por la madre de Mauricio.

—No puede contestar —respondí—, se está masturbando con una de sus agujas de tejer.

Al escuchar mi respuesta, la vieja se abalanzó nuevamente sobre mí. Colgué el teléfono y corrí hacia la cocina. Mauricio silbaba una canción.

—¿Te puedo ayudar en algo?

Él argumentó que yo era su invitado y que no me lo permitiría. Me invitó a salir, volver a la sala y continuar conversando con su madre. Estaba atemorizado porque sabía que aquella mujer estaría escondida junto a la puerta y me atacaría al salir. Mauricio insistía, así que no tuve más remedio que dar un salto olímpico para salir de la cocina; alcancé a escuchar a Mauricio, sorprendido por mi agilidad, repetir que era yo el mismo de siempre. Para mi fortuna, la inválida se había esfumado dejando el televisor encendido. Con cautela me acomodé en un sillón para ver el programa. Pero no tenía nada que temer, ella había finalmente decidido encerrarse en su cuarto. Cuando la comida estuvo lista y la mesa puesta, Mauricio me preguntó por su madre. Le dije que tenía jaqueca y había preferido irse a dormir.

—¿Cómo es eso —dudó— si soy yo quien tiene que acostarla? Ella no puede.

—Lo hice yo.

—Sigues siendo un gran amigo, Guillermo, ha sido una fortuna volver a vernos después de tantos años.

Comí como nunca antes lo había hecho en mi vida. Al finalizar la comilona, Mauricio me informó que debía marcharse pero me rogó permanecer una o dos horas más en su casa mientras volvía, de ese modo podríamos continuar conversando. Cuando se fue, regresé al sillón y me tendí cual largo era. Para mi desgracia, la vieja salió del cuarto y al descubrirme recostado cómodamente me preguntó:

—¿Qué diablos haces aquí, imbécil? ¿Por qué no te has largado?



—Mauricio me invitó a vivir con ustedes.

—¡No puede ser!

La vi apoderarse nuevamente de sus agujas de tejer, pero esta vez no estaba dispuesto a dejarme intimidar, así que contrataqué de inmediato.

—Lo que tú quieres es verme otra vez el pájaro —me saqué el pene y se lo mostré. Incapaz de comprender lo que sucedía, me observaba aterrorizada. Sus gritos eran desesperantes.

—¡Degenerado, te mataré!

Fue entonces cuando vi venir hacia mí aquel bulto rodante. Lo esquivé sin mucha dificultad. Dimos varias vueltas alrededor de la mesa hasta que de un salto estuve sobre el mantel dominándola visualmente. Sentí un golpe en la pierna. Me bombardeaba con todo lo que tenía a su alcance. Aprovechando mi altura y que aún tenía el pene fuera, la oriné. El chorro fue preciso aunque no constante, pues tenía que evadir todos los objetos que me lanzaba para herirme.

—¡Degenerado! ¡Hijo de la chingada! —me gritaba roja de ira.

De otro impresionante salto salvé la mesa y corrí hacia la puerta. La vieja se paseaba por toda la casa con su silla rodante pidiendo auxilio. Afortunadamente, frente a la casa pasaba en ese momento un autobús que abordé de inmediato. Imaginé a Mauricio repetir al regresar a su casa: «¡Ay!, este Guillermo, el mismo de siempre».

## Dos de la mañana

VIVÍA EN UN TERCER piso. Una ventana hacia la calle. Solo.

Anoche, mientras dormía, hubo un accidente justo bajo mi ventana. Un auto se estrelló contra el poste de luz. Escuché un estruendo metálico al cual siguió un largo silencio; la lámpara del poste estaba a dos metros de mi ventana; si quería estar a oscuras no sólo tenía que apagar la luz sino cerrar la cortina. Ese ojo luminoso era ya familiar. La última vez que intenté cerrar la cortina no fue posible, era como cerrarle la puerta en la jeta a un amigo.

—Está bien —le dije—, sigue jodiéndome con tu pinche luz.

Después del golpe, la lámpara se apagó; cuando abrí los ojos me encontré en medio de una inusual oscuridad. Me levanté y fui hacia la ventana para ver quién había sido el hijo de puta; me asomé. Un auto rojo estaba sobre la banqueta y tenía atravesado el poste a la mitad del motor. Esperé a que los curiosos rodearan el auto, pero nada, parecía como si solamente fuera yo el único testigo del accidente. «Mierda —pensé—, si no viene nadie, ese tipo se va a morir». Llevé una silla hacia la ventana y esperé; un viento frío me daba en la cara. Hasta mis oídos llegaron unos suaves gemidos. No era un hombre sino una mujer la que estaba allí abajo entre los escombros. Me asomé nuevamente, la portezuela del auto estaba abierta. Unas piernas largas y bellas estaban tendidas en el asiento. Sus zapatos negros eran iluminados por la luz del farol que permanecía inmóvil al otro lado de la calle. Nadie apareció. Eran las dos de la mañana y un perro se entretenía oliendo uno de los neumáticos del auto accidentado; me gustaban los perros, no tanto como los gatos, pero si se trataba de un perro callejero hacía concesiones. Le troné los dedos. Volteó y se me quedó viendo durante algunos segundos, luego volvió a oler el neumático, orinó y se fue. Le hice adiós con la mano como si fuera una quinceañera. La mujer aquella seguía gimiendo. Fui por una cerveza al refrigerador: no había. En realidad, no tenía previsto despertar en la madrugada y sentarme junto a la ventana. Busqué algo para tomar; había un poco de mezcal en una botella de ron. Me serví un poco y fui de nuevo hacia la ventana; la brisa estaba inmejorable. Escuché unos pasos sobre la acera..., tacones de mujer. Decidí asomarme. Ella caminaba apoyándose en el auto. Ni una patrulla; hasta el perro había preferido marcharse.

—¿Qué tal te haría un trago? —le dije, pero no respondió.

Natural, desde un tercer piso había que gritar; sin embargo, no estaba acostumbrado a invitar un trago a nadie gritando como loco. Recargada en un muro, aquella mujer intentaba mantener el equilibrio. Trastabilló varios segundos en la cuerda floja hasta que se desplomó en la acera. Me puse la pijama y bajé. A simple

vista no estaba herida; pero olía exageradamente a alcohol. La tomé en mis brazos sintiendo, a través de sus medias de nylon, sus piernas tibias. Y comencé el ascenso hacia el tercer piso. En el camino, una vieja con decenas de tubos atorados en la cabeza abrió una puerta y me dijo:

—No se comprometa, no vale la pena.

Ni siquiera hice el intento de contestarle. Un zapato negro rodó por los escalones. No lo recogí, no podía. Cerré la puerta del departamento y recosté a la mujer en el sillón. Aún no le había visto la cara. Una abundante cabellera negra le cubría el rostro; sólo sus labios carnosos se insinuaban tras el cabello. Estaba completamente ebria. Fui hacia la ventana. Allá abajo todo permanecía inmutable, ni un alma. Me terminé el vaso con mezcal y fui a ver a mi huésped. Encendí la luz de la cocina y los objetos de la estancia emergieron de la oscuridad. Tenía unas piernas míticas; le alcé la falda; sus bragas eran sólo un trazo blanco alrededor de sus caderas. Las medias se deslizaron con facilidad dejando al descubierto sus bellos muslos; le besé los pies, los tobillos y la fui recorriendo hasta no dejar en su cuerpo un solo espacio desconocido. Dormida sobre el sillón la penetré una y otra vez, hasta quedar completamente exhausto. Miré hacia la ventana. La lámpara del poste había vuelto a encenderse, sonreí; le di la bienvenida. Recogí las bragas del piso y las devolví a su lugar. Tomé las medias y me las llevé a la nariz, aspiré profundamente, luego envolví aquellas piernas largas otra vez. Había pasado poco más de una hora desde que el escándalo me despertara. Afuera todo parecía estar en silencio. Tomé a la mujer en mis brazos y fui hacia la puerta, bajé tres pisos. La brisa se había transformado en un viento frío; la suave bruma impedía ver hacia la bocacalle. Fui hacia el coche que tenía la portezuela abierta, recostándola en el sillón delantero. La luz del farol daba de lleno en el auto. Sus cabellos negros aún ocultaban su rostro; iba a descubrirlo, pero el sonido de una ambulancia me interrumpió. Me dirigí hacia la puerta del edificio y entré; en el camino encontré el zapato negro, abandonado. Hubiera querido devolvérselo pero el escándalo allá afuera había tomado características alarmantes. Entré en mi departamento; apagué la luz de la cocina y fui hacia la ventana. Dos hombres transportaban a la mujer hacia una ambulancia; otro hombre con traje gris tomaba notas. Había dos patrullas. Luego llegó una grúa y desprendió el auto del poste; la lámpara titiló por algunos segundos y luego volvió a la normalidad. Se fue la ambulancia y se fueron las patrullas. Finalmente, el hombre de traje gris dejó de tomar notas, se metió a un auto y se fue. Yo tenía el zapato en las manos, lo besé. El aire volvía a ser agradable.

## Suicidio en las calles de Tacuba

UN PAISAJE OBSCENO: ESO era precisamente lo que formaba aquel conjunto de rostros deformados. Vendedores anómalos, burócratas, estudiantes, perros arrastrando la lengua hasta el piso, enfermeras con cicatrices en los brazos, ejecutivos, porquería humana, desperdicios, desechos. Una sociedad como ésta sólo podría haberse gestado en la mente de un enfermo. Dos secretarias charlaban bajo la sombra de un alero resguardándose del lento fluir de la muchedumbre; repentinamente una de ellas rompió a llorar: había sido despedida de su trabajo pues se le había descubierto una manía que empañaba la imagen hasta ahora transparente de su empresa. Acostumbraba despojarse de la dentadura postiza para atender a los clientes. Lo hacía además manteniendo una firme postura ideológica frente al mundo capitalista. Así se lo había recomendado un hombre que conocía a fondo la política revolucionaria. Los autos provocaban un ruido infernal; dentro los conductores pensaban dominar el universo exterior desde la intimidad de su cápsula hermética. ¿Y yo? Recargado en un muro ennegrecido por el humo de los autos observando a mis contemporáneos pasearse y actuar como si en realidad lo que hicieran tuviera alguna importancia. A varios metros de mí, un limosnero me veía desconfiado. Sus gestos me parecieron repugnantes. Algo no le había resultado agradable de mi persona y evidentemente deseaba que me largara. Lo escupí y amenacé con el puño. Se limpió el escupitajo frotándose la frente con uno de sus muñones. Me había hecho respetar, así que podría continuar en el mismo lugar sin preocuparme, aguardando el momento o el acontecimiento que anunciara mi necesidad de partir. Si uno tiene la paciencia necesaria puede ser testigo de actos inimaginables. En la calle de Tacuba y, en una de esas casonas construidas en el siglo XIX y continuamente remodelada a lo largo de un siglo, tuvo lugar un hecho del que fui, gracias a mi paciencia, testigo privilegiado: un hombre de aproximadamente cuarenta años de edad había subido hasta la azotea y parecía tener serias intenciones de lanzarse al vacío. Con los pies en la cornisa y las manos aferradas a la balaustrada gris, el hombre permanecía inmóvil en la parte alta del edificio colonial de tres pisos. No pasaron muchos minutos antes de que una multitud considerable se congregara en la calle dispuesta a disfrutar del casual espectáculo. Aunque eran bastantes personas, cuidaron de no ocupar un claro lo suficientemente extenso para que el suicida pudiera caer sin lastimar a nadie. Dos policías cuya labor principal consistía en procurar la fluidez de los autos a fin de evitar un congestionamiento abandonaron sus puestos y se integraron a la muchedumbre para observar al sujeto, que a pesar de parecer decidido a suicidarse había ya consumido más de cinco minutos en un aburrido preámbulo. La voz de un

hombre rompió el silencio aterrador de la masa.

—¡Si te vas a tirar, hazlo de una vez; aquí hay gente que tiene cosas que hacer!

La frase reflejaba fielmente el sentimiento popular, así que apenas concluida le siguió un murmullo de aprobación general. El limosnero emitió una serie de sonidos extraños: en su rostro podían observarse las huellas de la felicidad. ¿Y yo? Recargado en el mismo muro ennegrecido por el humo de los automóviles, pero ya no solo, sino acompañado por más de una docena de curiosos. El suicida inclinó su cuerpo hacia adelante, ahora estaba sujeto a la balaustrada por una sola mano. Sin embargo, el desenlace esperado no sobrevino; transcurrió poco más de un minuto y la gente volvió a impacientarse. Fue otra voz la encargada de interpretar el sentimiento general.

—¡Cobarde, sólo quieres llamar la atención! El suicida al escuchar aquella segunda voz retrocedió algunos centímetros y volvió a asirse de la balaustrada con sus dos manos. Esto no fue bien recibido por la mayoría del público; uno de los dos policías, el más joven e inexperto, tomó de nuevo la palabra.

—¡No tiene huevos!

El limosnero no ocultó su entusiasmo al escuchar la reflexión del gendarme y lanzó al aire un estridente gruñido expresando con éste un sentimiento de exaltada alegría. La masa finalmente había perdido la cordura y eufórica gritaba en coro.

—¡No tiene huevos! ¡No tiene huevos! Excitada una de las secretarias, la que acostumbraba despojarse de su dentadura postiza para atender a la clientela, comenzó a insultar al suicida, quien a cada momento daba muestras de estar más amedrentado.

—¡Mátate de una buena vez, burgués hijo de puta!

Era demasiado. El rostro del suicida se fue endureciendo. Comprendió el sentido que encerraba el violento clamor de la voz popular. Retrocedió hasta tocar con la cintura el frío cemento con el que estaba construida la baranda, infló el pecho y de su boca emergió un grito angustioso y potente.

—¡Degenerados, que se tire su pinche madre! Aclarado lo anterior, brincó ágilmente la balaustrada y se perdió de vista. Los curiosos se dispersaron, los policías volvieron a dirigir la circulación de los autos, el limosnero me miró nuevamente con desconfianza. ¿Y yo? Abandoné el muro perdiéndome entre el ir y venir de mis contemporáneos.

## Mi tía Clarita

ESTÁBAMOS REUNIDOS EN EL pabellón número doce del Centro Médico para Convalecientes Mentales; era un 24 de diciembre de una noche fría pero agradable. Todo el personal de blanco había ido a sus casas para celebrar la Nochebuena, incluso aquellos que debían estar de guardia. Sólo una enfermera permanecía en el pabellón: mi tía Clarita. Desde hacía muchos años mi tía y yo celebrábamos Navidad haciéndonos compañía. Ella no tenía deseos de interrumpir nuestra tradición de modo que me invitó a celebrar Nochebuena en el hospital, argumentando que no sólo habríamos de mantener firmes nuestras costumbres sino que además por primera vez tendríamos compañía. Compró algunos pollos, varias botellas de sidra y tres kilos cuatrocientos gramos de uvas. Yo dispuse una mesa modesta pero bien arreglada: el tenedor del lado izquierdo, el cuchillo del lado derecho. Los enfermos se vistieron con sus mejores ropas y emocionados aceptaron compartir los alimentos con mi tía Clarita y conmigo. Mi tía tuvo la amabilidad de presentármelos uno por uno y casi todos me parecieron en extremo agradables. La única excepción fueron dos hombres de aproximadamente treinta años, quienes tomados de la mano se dedicaban a insultar y a menospreciar a sus compañeros; al extenderles la mano en señal de amistad, uno de ellos me lanzó un escupitajo en el rostro. Me limpié con un pañuelo sin prestarle demasiada atención al incidente, partí los pollos, serví la sidra e invité a la concurrencia a tomar asiento y a compartir los alimentos. Un enfermo se acercó a mí con el fin de rogarme que le desatara, si no tenía inconveniente, la camisa de fuerza, pues ésta le impedía degustar con facilidad el pollo. Mi tía Clarita me hizo un guiño de aprobación y hasta entonces yo procedí a desatar al enfermo. Una joven escuálida que tendría escasos veinte años me participó su costumbre de comer desnuda y me advirtió que si no teníamos inconveniente procedería a desnudarse. Mi tía Clarita no me dirigió esta vez ninguna señal aprobatoria, confiriéndome la total responsabilidad de mi decisión; sin amedrentarme contesté de inmediato: «Claro que sí, hoy es Nochebuena». Las palabras salieron de mi boca con tal aplomo y seguridad que varios enfermos al escucharme aplaudieron entusiasmados. A partir de entonces los internos se dirigieron a mí con el fin de solicitar cualquier clase de permiso. Mi tía Clarita me veía muy orgullosa y, sin querer ser muy petulante, diré que hasta con un poco de admiración. Una enferma cuya piel mostraba una erupción densa y repugnante fue hasta su cama y extrajo de bajo su almohada un pequeño radio que, no obstante sus dimensiones, causaba un escándalo alarmante. Algunos bailaron y otros cantaron, se divertieron sanamente hasta que uno de ellos, un enfermo que medía más de uno noventa, tomó el cuchillo con el que habíamos partido el pollo y degolló a mi

tía Clarita. Estupefacto permanecí en mi asiento observando con un nudo en la garganta cómo el enfermo de más de uno noventa se ensañaba con el cuerpo ya indefenso de la difunta. Por fortuna varios internos, dando muestras de un alto sentido de la justicia, cayeron sobre el asesino desarmándolo y acuchillándolo con furia; armados de tenedores, cucharas y botellas lo victimaron sin que el enfermo de más de uno noventa pudiera hacer nada. La sangre comenzó a correr por el piso y conforme los minutos iban transcurriendo los enfermos regresaban a sus lugares en la mesa exhaustos; varios de ellos me ofrecieron sus condolencias, otros lloraron amargamente.

Un viejo, que parecía ser el que había dirigido el ataque, trajo hasta mi asiento el pene recién desprendido del asesino y me lo ofreció. Lo recibí agradecido ante el aplauso de la concurrencia. En ese momento comprendí que un deber moral me obligaba a no arruinarles la fiesta, ya tendría tiempo para llorar a mi tía Clarita. Así que me levanté del asiento y proferí un discurso cuyo principal mensaje consistía en invitarlos a continuar bailando y a no prestar mucha atención a los sucesos ocurridos. Los aplausos no se hicieron esperar y la celebración de la Nochebuena siguió adelante. Media hora más tarde, la enferma escuálida había incitado a la gran mayoría a desnudarse también; para aquel entonces, sólo yo, la difunta tía Clarita y un anciano que chupaba con obstinación un hueso de pollo continuábamos vestidos.

Los dos hombres que me habían resultado antipáticos se paseaban por el pabellón con el pene erecto penetrando a todo aquel que fuera más débil que ellos. Eran insoportables. Desde mi asiento los vi montarse sobre una anciana y fornicaria hasta que ésta cayó desmayada al piso entre los gritos de los enfermos, quienes al igual que yo desaprobaban la alevosía de tal acto. Después de profanar a la anciana se lanzaron sobre la enferma escuálida amarrándola por medio de la camisa de fuerza contra una columna que se levantaba justo a mitad del pabellón. La penetraron con todo tipo de objetos hasta que una vez perdido el conocimiento la victimaron con sus incansables penes. Sin embargo, la justicia parecía ser el santo patrono de aquella noche: un grupo de internos pudorosos arremetió contra el par de violadores golpeándolos sin misericordia. Fue hasta entonces cuando los ánimos se desataron y la anarquía reinó dentro del pabellón número doce. Todos se insultaban, se agredían entre sí, algunos enfermos caían al piso heridos de muerte. Todo en el pabellón número doce era escándalo y asesinato. Entonces tuve una idea magnífica, me incorporé de mi asiento y de un salto subí a la mesa donde se suponía tendríamos que celebrar el nacimiento del niño Jesús. Sin pena comencé a cantar: «Mexicanos al grito de guerra, el acero aprestad y el bridón, y retiemble en su centro la tierra, al sonoro rugir del cañón». Los enfermos al escuchar estrofas tan bellas dejaron de agredirse, abandonaron sus armas y vinieron hasta donde yo estaba; me veían con ojos henchidos de esperanza y solidaridad mientras cantaban al mismo tiempo que yo: «y retiemble en sus centros la tierra, al sonoro rugir del cañón». De pronto, algo inesperado sucedió, algo que todavía hoy agradezco: la enferma atada a la columna con la camisa de fuerza

recuperó el conocimiento al escuchar aquellas notas y haciendo un admirable esfuerzo cantó con nosotros; su voz débil y aguda se escuchó hasta el último rincón del pabellón número doce: «Ciña, ¡oh, patria!, tus sienes de oliva, de la paz el arcángel divino, que en el cielo tu eterno destino por el dedo de Dios se escribió».



## Cuento de realismo mágico

DOLORS SEGUIDOS NO OLVIDARÍA nunca aquella tarde cuando los higos se pusieron tan rojos como los jitomates y los perros se metieron a las casas para orinarse justo al pie de los altares que los fieles habían levantado para agradecerle a San Aluvión el haberles salvado de una lluvia exuberante y catastrófica que duró diecisiete años. Fue entonces cuando vio venir envuelto en un halo patético y seguido por una docena de puercoespines al hombre que había de encenderle la calentura y enseñarle que a los dieciséis años no podía pensarse en otra cosa que no fuera el amor. Apenas lo vio aparecer en el horizonte, tuvo el presentimiento de que había llegado al pueblo con el único objeto de alterarle el destino.

«A este hombre lo siguen los puercoespines para crucificarlo», pensó y continuó auxiliando a su madre doña Hilar Lino, a bordar una enorme sábana blanca que habría de utilizarse como mortaja cuando la circunstancia lo requiriera. El extranjero, quien tenía la imagen de un profeta frustrado, se detuvo frente a las dos mujeres y las saludó amablemente; Hilar Lino se impresionó al observar sus ojos y pensó de inmediato: «A este hombre se le perdió la mirada en el camino».

Dado de Alta permanecía extraviado contemplando la belleza de Dolores Seguidos, quien mantenía la cabeza inclinada hacia el suelo por respeto a su madre, cuando una voz tormentosa cayó desde una ventana, se fue rebotando varios metros sobre la calle y estuvo a punto de ahogarse en un charco de agua, se elevó hasta la única torre que tenía la iglesia y se precipitó de bruces hasta donde descansaba el animalerío esperando que su amo prosiguiera el camino.

—¿Sabe lo que están tejiendo, amigo? —Dado de Alta volteó a mirar hacia la ventana que se levantaba a sus espaldas y se encontró con el rostro flaco y amarillo de Harto Preciado que lo observaba despectivamente—. Su mortaja.

—¡Vengo a vivir aquí! —gritó el forastero y, desde que lo oyó, Hilar Lino supo que haría su voluntad pesara a quien le pesara.

—En este pueblo ya hay demasiadas espinas, llévese a sus animales a otro lado.

Decenas de personas llegaron a donde estaban los puercoespines, atraídas por el rumor de que a los perros les estaban creciendo espinas, y presenciaban en silencio el singular altercado. Harto Preciado había desaparecido del marco de la ventana para emerger luego de una puerta desvencijada con un machete de matarife en las manos. Dolores Seguidos habría de recordar muchos años más tarde la imagen de aquel individuo acostumbrado a matar por oficio: «Era la imagen misma de la muerte».

El intruso, sin perder la postura, caminó hacia el carnicero y lo encaró.

—Pues me he de quedar aquí aunque sea para que me entierren.

Todos los presentes sabían que Harto Preciado estaba dudando en matarlo, pues de haberlo querido ya habría comenzado a destazarlo como a un cerdo.

Años más tarde y unos días antes de morir de peste bubónica dio a conocer el motivo por el cual había decidido perdonarlo y permitirle de ese modo establecerse en el pueblo: «A ese muchacho lo habían matado ya varias veces».

Estaban frente a frente cuando toda la población de Totopo escuchó claramente los gritos de Paloma sin Fuego alertándoles que los perros se estaban metiendo en las casas para orinar los altares. Nadie comprendió bien las palabras de Paloma hasta que la vieron aparecer con su rostro de avellana madura cargando el icono de San Aluvión escurriendo agua.

—¡Sacrilégio! ¡Sacrilégio! —iba también gritando el cura del pueblo, Nicanor Reyna—. ¡El Diablo se ha posesionado de los animales!

Muchos corrieron a sus casas a intentar salvar la santa imagen de San Aluvión, mientras Dado de Alta se sentaba en el suelo rodeado de sus puercoespines esperando el desenlace de aquel marasmo infernal.

Antes de caer la noche, Harto Preciado había utilizado sus aperos de matarife como nunca en su vida lo había hecho, decapitando cuarenta y ocho perros en la plaza principal ante las miradas aprobadoras de la muchedumbre. Fue entonces que Dado de Alta, aprovechando la gran soledad animal en la que había sumido a la gente aquella rabia satánica, comenzó a vender sus puercoespines iniciando así un negocio que veinte años más tarde lo habría de convertir en el hombre más rico del pueblo.

# Tasca Manolo

ANTES DE MORIR, GUILLERMO me preguntó:

—¿A dónde quieres ir a comer?

Inmediatamente después, un auto lo atropello haciéndolo rodar más de veinte metros. Corrí a auxiliarlo pero sólo encontré un amasijo de carne y huesos. El auto se había detenido más adelante y el conductor, pálido y arrepentido, apenas hubo descendido se arrodilló, se llevó las manos al rostro y lloró poseído de una afectada amargura. Me conmovió a tal grado que no dudé en correr a consolarle.

—No te preocupes, no era gran cosa —le dije. Cuando llegaron la policía y la ambulancia, el homicida estaba más calmado, gritaba que no era culpa suya, que Guillermo se había atravesado inconscientemente, que su auto estaba asegurado y que llamaría a su abogado. El accidente había ocurrido a la una de la tarde en la avenida Insurgentes, esquina con Río Mixcoac. A la una treinta había tanta gente que decidieron turnarse ordenadamente para contemplar los restos de Guillermo. Nadie sabía que yo era amigo del accidentado, de modo que pude confundirme entre los curiosos para observar a los socorristas cubrir su cuerpo con una sábana blanca. De repente tuve conciencia de todo lo que me esperaba: debería ser yo quien informara a los familiares de Guillermo los pormenores del accidente. Adquirí de súbito una extrema importancia, habría de ser yo quien marcara un número telefónico y dijera:

—Guillermo está muerto.

Tendría que hacerlo con decoro y hacer de la ocasión un momento inolvidable.

¿A quién llamaría primero?

Llegué a la conclusión de que lo más conveniente sería llamar a su hermano. Los hombres reciben este tipo de noticias con más entereza. Fui a un teléfono público y marqué el número de su oficina. Me contestó una secretaria cuya voz me pareció muy desagradable.

—Buenas tardes, oficina del ingeniero Fadanelli.

—Quiero hablar con el ingeniero.

—¿De parte de quién?

Era evidente que estaba esperando cualquier titubeo de mi parte para colgarme.

—De su hermano.

—Un momento, por favor.

Esperé más de dos minutos bajo el sol de la avenida Insurgentes; a punto de colgar el auricular una áspera voz me insultó:

—¡Hijo de puta!, espero que hayas hecho lo que te pedí.

—No me hables así.

—No me hagas esa vocecita, seguro no has hecho nada, siempre serás un huevón de mierda.

—Estoy harto de ti, me suicidaré.

—Sólo eso me faltaba, Guillermo. El chantaje.

—Tirano, hijo de puta —agregué con sequedad y colgué.

Decidí entonces llamar a la novia, quien estaría menos indispuesta. Se casarían dentro de un mes y alguien debía Informarle que no habría boda. Por fortuna fue ella misma quien contestó. Su voz delicada e ingenua me impresionó sobremanera.

—Bueno, ¿quién habla?

—...

—¿Sí, quién es?

—No habrá boda.

—¿Cómo?

—El novio ha muerto.

—¿El novio? Dios mío. ¿Quién habla? ¿Cuál boda?

—Soy muy amigo de Guillermo y acabo de estar con él.

—¿Él te ha dicho algo? Por Dios, ¿quién diablos eres?

—Soy su mejor amigo. Me preguntó que a dónde quería ir a comer y se ha tirado bajo un auto.

—¡Imbécil, con eso no se bromea! ¡Si no tienes nada que hacer, vete a rascar los huevos! —dijo enfurecida la voz delicada e ingenua.

—¡Putas asquerosas! Guillermo se ha ido con otra.

—¡Tú y Guillermo se pueden ir a la mierda! —Me colgó sin darme oportunidad para poder contestar sus insultos.

Contrariado marqué el número de la madre; nunca se me había ocurrido que fuera tan difícil hablar con los familiares de Guillermo. La anciana contestó:

—¿Bueno?

—A su hijo lo atropello un auto y nada arreglará llorando.

Esperaba una respuesta, pero el otro lado de la línea había enmudecido. Contrariado colgué el teléfono y di por terminada mi obligación. Sin embargo, el problema seguía siendo el mismo que el del principio: ¿A dónde ir a comer?

## Rogelio y el zapapico

ERAN LAS TRES DE la mañana de un día martes cuando descubrí por primera vez a Rogelio haciendo un hoyo en el piso. Vivíamos juntos desde hacía tres meses en un cuarto escondido en el fondo de una vecindad deshabitada. La mayoría de los inquilinos decidieron mudarse y abandonar sus casas cuando les advirtieron que el lugar sería desalojado y posteriormente demolido y que en caso de oponer resistencia sería entonces primeramente demolido y luego desalojado. Nada habría de oponerse a la construcción de un moderno edificio. Rogelio y yo acordamos permanecer en nuestro cuarto a esperar nuestro futuro. Cada mes, un hombre se presentaba a cobrarnos la renta. Yo objetaba que el lugar sería destruido pareciéndome estúpido que mientras arriesgábamos nuestras vidas alguien se presentara a cobrarnos el alquiler.

—Mientras este lugar siga de pie tendrán que pagar.

No teníamos otro remedio. Muchas veces nos preguntamos si en realidad habría alguna diferencia del cuarto tal como estaba ahora y el mismo cuarto una vez demolido. Sin embargo, evitábamos preocuparnos por ese tipo de cosas.

Nuestra casa poseía una bonita vista hacia el patio de la vecindad y Rogelio tenía la oportunidad de pasarse horas y horas sentado en una silla mirando a través de la ventana. Podíamos decir que nuestra convivencia era muy afortunada, habíamos llegado al mismo cuarto por azar, nos gustó y lo alquilamos: cada quien pagaría de acuerdo a sus posibilidades. La conversación no era una de las principales aficiones de Rogelio, se pasaba el día en la cama mirando por la ventana; yo por mi parte estaba fuera de casa la mayor parte del tiempo, de modo que hablábamos muy poco.

A las tres de la mañana del martes me despertó un gran escándalo. Me levanté y encendí la luz. Vi a Rogelio con un zapapico en las manos abriendo un hoyo en el piso.

—¿Pero qué diablos haces?

Suspendió su actividad por un momento, se limpió el sudor con el antebrazo y me dijo:

—Encontraré un mundo mejor.

Le deseé suerte y volví a hundirme en el sueño. A las seis de la mañana sonó el despertador. Abrí los ojos y vi a Rogelio con medio cuerpo hundido en el piso. Había tierra por todos lados.

—Descansa un poco —le recomendé y lo ayudé a salir. Tenía sangre en el rostro: se había golpeado varias veces con el zapapico debido a su inexperiencia. Lo tomé de la mano y lo conduje hasta el baño, le lavé la cara y le advertí que el trabajo hacía a

los hombres estúpidos.

—Encontraré un mundo donde nadie tenga que trabajar —me contestó.

Una vez, al regresar a nuestro departamento, reparé que bajo la puerta fluía una abundante corriente de agua. Entré alarmado y descubrí que del hoyo cavado por Rogelio brotaba un gran chorro de agua elevándose hasta el techo. Además de la enorme columna de agua vi emerger de aquel agujero la cabeza de Rogelio.

—¿De dónde diablos sale tanta agua?

—Creo que he llegado al mar.

—Seguramente has roto una tubería.

La existencia de una tubería era algo que con probabilidad no entraba dentro de sus planes; me miró con cierto desconcierto y volvió a introducirse al hoyo. Tomé un libro poniéndome a salvo sobre el único lugar a donde todavía no llegaba el lodo. Una hora después, el agua cesó de fluir y todo regresó a la normalidad.

A media noche, Rogelio comenzó a preocuparme. Me acerqué al hoyo y grité:

—¡Rogelio, Rogelio!

Como respuesta un largo silencio. Nadie me contestaba. A simple vista, el agujero tenía una profundidad considerable. Para comprobarlo lancé una piedra y escuché con claridad el sonido producido por dos piedras al chocar entre sí. Rogelio apareció repentinamente con el rostro bañado en sangre y una expresión triunfadora. Dejó la pala en el suelo y se dirigió al baño. Escuché el agua de la regadera al golpear contra el piso.

A la mañana siguiente, el despertador me estremeció. Rogelio había trabajado durante toda la noche con su escándalo habitual. Me paré al borde del agujero y lancé una piedra. Esta vez no se produjo el ruido esperado. La piedra al parecer continuó cayendo sin encontrar un límite a su caída; tomé la silla en la cual Rogelio acostumbraba sentarse para mirar el patio y me senté a esperar. Lancé otra piedra y el efecto fue inmediato: uno, dos, tres, cuatro golpes. Incrédulo repetí la acción obteniendo resultados similares: uno, dos, tres, cuatro golpes. Me había equivocado: alguien estaba llamando a la puerta. Me levanté de la silla y abrí la puerta. Era Rogelio; su cuerpo estaba cubierto de lodo. Estaba llorando y yo no encontré en ese momento ninguna palabra para consolarlo; cabizbajo avanzó hacia el baño. Lo seguí.

—¿Encontraste un mundo mejor?

—No —respondió con tristeza.

## En la tierra como en el cielo

ESTABA HARTO DE LA ciudad, de vagar por sus calles, de toda la gente que se alimentaba de humo y mierda. Por desgracia me era imposible hacer algo al respecto. Todas las veces que intenté escaparme fracasé. Caminaba durante días enteros tratando de encontrar algo distinto al cemento y a los batracios humanos; sin embargo, todo era en vano. Me resigné al pensar que todas aquellas cosas sobre las cuales hablaba la gente, apenas enfermaba de nostalgia, eran falsas: el mar, la provincia, los personajes de Juan Rulfo. Hasta llegué a dudar que Aureliano Buendía existiera. ¿Entonces? La ciudad crecía en todas direcciones, en ocasiones pensé ir hacia abajo, quizás fuera lo suficientemente afortunado para encontrar algún conducto que me llevara hacia un lugar agradable en el fondo de la tierra. Dos o tres veces me sumí en una coladera con la esperanza de una nueva vida, pero nada, allí dentro sólo había mierda que fluía lentamente ajena al tiempo y al asco que producía. En una ocasión, la mierda subió de nivel y estuve a punto de ahogarme, pero por fortuna pude hallar una salida: empujé la tapa de la atarjea y emergí justo en medio de una avenida; iba escurriendo porquería, los autos se detuvieron, escuché impactos de lámina y los ruidos agudos que producían las llantas cuando los autos frenaban. Una mujer daba de gritos, un perro me ladraba. Miré a mi alrededor los edificios grises y la expresión bobalicona de la población, hombres sudorosos con portafolios en las manos, mujeres con vestidos de plástico y rostros descompuestos por el humo y el maquillaje cotidiano. Tuve grandes deseos de introducirme nuevamente a la coladera. El perro se acercó para olerme. Caminé lo más lejos posible de las miradas y los autos y me eché bajo una sombra. Levanté la cabeza buscando el cielo, era el único lugar que no estaba habitado. Me equivoqué: vi pasar con una actitud angelical a Remedios la Bella, buscando con desgano al hombre que la había puesto a girar como asteroide para escupirlo. Vi cruzar como un pájaro o una saeta o un avión a Superman; sobra decir que también vi al pájaro, a la saeta y al avión. Observé a varios dioses pederrearse de risa por el desmadre espiritual que habían creado en la tierra. Bajé la vista, me incorporé y busqué la coladera de la que había emergido. No era necesario hacer un balance detenido para decidir cuál de todos los caminos era el menos malo. Cuando el tufo del excremento se metió de nuevo dentro de mi nariz me sentí aliviado; conocí, aunque fuera por un momento, algo de felicidad.

## Rogelio contra el perro

EN SEÑAL DE PROGRESO, Rogelio y yo logramos abandonar aquella oscura vecindad donde vivimos por más de un año, instalándonos en una pequeña casa que poseía un hermoso jardín en la parte posterior. Rogelio continuaba aportando la misma cantidad de dinero necesaria para cubrir el monto de la renta de nuestro viejo departamento; no encontraba alegría ni diferencia alguna en la nueva casa. A pesar de todo, yo deseaba progresar y no me importaba el hecho de tener que pagar la renta casi en su totalidad. La vida se le iba a Rogelio en estar recostado sobre su cama mirando el techo. En ocasiones salía a la calle y tardaba en volver dos o tres días; a pesar de todo, yo me había acostumbrado a su extraño comportamiento y no sólo eso, sentía además la necesidad de su compañía. El cabello se le había caído completamente durante el transcurso de unas semanas y su párpado izquierdo se había desplomado como si fuera un telón viejo y pesado.

Un día, al volver a la casa, descubrí a Rogelio espiando tras la ventana; su calva brillaba con la luz proveniente del alumbrado público.

—¿Qué te sucede? —pregunté.

Pero él no tenía intenciones de contestar mi pregunta. Ensimismado continuaba con la vista perdida aparentando mirar hacia la calle. Nunca lo había visto en un estado semejante, me asusté aún más cuando descubrí la mancha de sangre que escurría por su pierna. Lo ayudé a incorporarse, pues la ventana era tan baja que Rogelio debía hincarse para pasar inadvertido. Lo despojé de sus pantalones. Tenía dos profundas heridas a la altura de la pantorrilla. Sin duda había sido un perro.

—¿Quién te mordió, Rogelio?

No abrió la boca. Cuando estuve seguro de que ya no corría peligro extendí una cobija sobre su cuerpo, apagué la luz de su cuarto y fui al baño para darme una ducha. Al salir encontré nuevamente a Rogelio espiando a través de la ventana; había tenido la precaución de apagar la luz de todas las habitaciones: su calva brillaba intensamente. Esta vez tenía que hacer la pregunta adecuada, no debiendo así perder la oportunidad de establecer un breve diálogo.

—¿Estás esperando a alguien?

Su silencio probó que mi cuestionamiento había sido estúpido. Dejé pasar algunos minutos para no aturdirlo con mis preguntas e inquirí de nuevo:

—¿Qué mierda te sucede?

Cansado de esperar su respuesta preferí irme a la cama, no tenía por qué consecuentar su estúpida paranoia. Rogelio permaneció al pie de la ventana durante varios días. Antes de partir al trabajo y también al volver, lo veía acuclillado con la



nariz apoyada contra el cristal, espiando hacia la calle. En ocasiones lo levantaba y en brazos lo llevaba hasta su cama: era inútil. Apenas salía de su recámara dejándolo cubierto con su cobija, Rogelio se incorporaba y volvía a su lugar junto a la ventana. Fue una semana después, al volver a mi casa y ver a toda esa gente gritando y golpeando frente a la puerta, cuando me enteré de lo sucedido.

—¡Señores, por favor, ésta es mi casa!

Una vieja luciendo un peinado pasado de moda se adelantó al resto del grupo y me encaró:

—¡Señor, por favor, hay un loco dentro de su casa, un asesino!

—¿Pero cómo? —Aparenté sorprenderme pero en ningún momento perdí la calma. Todos hablaban a la vez, un anciano que lucía una bufanda de lana roja y que no tardaría mucho en morirse me jalaba del brazo intentando decirme algo. Por fin, una persona con suficiente autoridad logró establecer el orden. Tenía aproximadamente tres docenas de tubos en la cabeza y un cuchillo casero en la mano izquierda—. Cálmese, señora y dígame: ¿Qué le sucede?

La diaria convivencia con Rogelio me había dado la experiencia necesaria para comportarme adecuadamente ante ese tipo de situaciones de modo que no tuve inconveniente en conducirme con propiedad.

—¡Un imbécil, un calvo asqueroso, se metió en mi jardín y apaleó a Dogy!

—¡Lo mató, estoy segura de que lo mató! —añadió una adolescente con el rostro plagado de espinillas.

—¿Y dónde está el perro? —pregunté con el fin de ganar un poco de tiempo y calmar a toda esa gente.

—El calvo lo arrastró hasta su casa.

La vieja de los tubos en la cabeza exigía justicia blandiendo el cuchillo a unos centímetros de mi rostro.

No me costó mucho trabajo convencerlos para que me permitieran entrar a casa y averiguar lo que estaba sucediendo allí dentro. Abrí la puerta y me introduje a la casa. Dejé transcurrir un par de minutos y salí otra vez.

—¡Señores, el calvo ha huido, ha saltado la barda del jardín y ha escapado! ¡Regresen a sus casas, que puede ser peligroso!

Mi discurso resultó convincente y provocó el retorno de los vecinos a sus hogares. En el jardín trasero, Rogelio continuaba golpeando al perro. Estuve a su lado hasta que gradualmente fue tranquilizándose, le arrebaté el gigantesco palo que tenía entre las manos y le acaricié la cabeza. Su aspecto era deleznable. Su ropa estaba empapada de sangre, parecía llevar la bata de un carnicero. Tenía el rostro húmedo de sangre y sudor, y era evidente que para entonces estaba arrepentido. Juntos recogimos los pedazos del animal y los enterramos en el jardín. Después conduje a Rogelio hasta el baño obligándolo a darse una ducha. Debí recluirlo dentro de casa durante varios meses. Poco a poco, los sucesos de la noche fatídica fueron quedando en el olvido y pronto mi compañero pudo gozar otra vez de una vida normal. Salía a la calle y no

aparecía hasta después de tres o cuatro días. No me causó ningún tipo de problema hasta que meses más tarde al volver de mi trabajo encontré a una multitud enardecida gritando frente a la puerta de mi casa.

—¡Señores, por favor, ésta es mi casa!

Una mujer vestida con una bata de dormir y cuyas gruesas varices eran evidentes a varios metros de distancia me enfrentó:

—¡Señor, por favor, hay un loco dentro de su casa, un asesino!

—¿Pero cómo?

Una niña que adolecía de una penosa obesidad rompió a llorar.

—¡Ha matado a Terry, ha matado a Terry!

—Está bien, cálmense y díganme qué les sucede.

La diaria convivencia al lado de Rogelio me había dado la experiencia necesaria para comportarme adecuadamente en este tipo de situaciones.

# Catalina

CATALINA LLEGABA EBRIA TODAS las noches, su piel era azul y translúcida y sus piernas largas y olorosas a agua. Yo la esperaba dormido; en ocasiones la percibía intentando acercarse a mí teniendo cuidado de no despertarme, pero otras veces me levantaba por los cabellos bruscamente, insultándome.

—¡Mantenido, hijo de mierda! ¡Es hora de que te largues de aquí!

Yo soportaba algunos golpes y un par de sandeces con tal de que Catalina me permitiera continuar metido allí bajo sus cobijas. Luego de agredirme lloraba durante un rato y me pedía perdón:

—Pobrecito, tú no tienes la culpa.

Regularmente a esta altura del drama, yo dormía nuevamente.

Por las mañanas era ella la primera en levantarse, hacía el desayuno y me despertaba con un beso en la frente.

—¡Arriba, huevón!

Me incorporaba con dificultad y me sentaba en la mesa todavía amodorrado. Catalina comenzaba entonces a reconstruir la noche pasada, a echar pestes contra sus clientes, a quienes siempre comparaba conmigo. Sobra decir que en las comparaciones regularmente salía favorecido.

—¡Eres a toda madre! —le decía en señal de agradecimiento.

Ella sonreía acariciándome el cabello. De inmediato volvíamos a la cama en donde nos entregábamos a la promiscuidad. Ella pensaba que todo eso era amor, que hacerme el desayuno, contarme sus experiencias de la noche anterior, acariciarme el cabello y revolcarse conmigo un rato en la cama durante las mañanas era amor. Resultaba muy conveniente que ella pensara de un modo semejante pues en consecuencia le costaba más trabajo echarme a la calle. A mediodía, Catalina se marchaba a trabajar: servía en un restaurante de una a seis de la tarde. La vida era difícil.

Salir a la calle me infundía terror, afuera habría de encontrarme con toda esa inmundicia: obreros, automovilistas, policías, todos trabajando, esforzándose para joderse unos a otros. Mujeres embarazadas, mujeres con portafolios, jóvenes bobaliconas con los ovarios podridos desde los quince años, ancianas mitológicas: toda una fauna despreciable. Me sentía muy bien dentro de ese cuarto sucio y sombrío en donde no llegaba el murmullo de la gusanera humana. Sólo mi Catalina, mi hermosa Catalina, cuyo macho vegetaba dentro de esos veinte metros cuadrados, esperando recibir sus golpes y sus insultos, su aliento forjado a través de largas noches bebiendo *brandy* y semen, un macho sin la menor aspiración, sin otra

esperanza que no fuera comer algo en las mañanas, fornicaria debidamente y dormir durante todo el día. Estaba dispuesto a no salir nunca de aquel cuarto y por tal razón me esforzaba en complacer a Catalina, debía mantenerme fuerte y sensible para no desbaratar la escenografía; ella tenía que seguir pensando que los quince minutos durante los cuales nos mordíamos y nos escurríamos uno dentro del otro valían cualquier sacrificio, o al menos el sacrificio de continuar respirando las otras veintitrés horas del día. Algo sucedió: la felicidad no era posible. Catalina se ausentó sin decirme nada, provocando que la angustia se apoderara de mí. Me veía lanzado a la calle, pateado en el culo por toda la raza trabajadora de este país, interrogado por un policía moreno con trompa de bulldog. Me veía en medio de una manifestación de borregos dando vivas a la vida y a la esperanza, en medio de un grupo de palomas nacionalistas que mantenían cagado todo el país. Me aterrericé. No podía salir a la calle: sin Catalina yo no existía. La aguardaba con ansiedad. Pegaba la oreja a la puerta con la ilusión de reconocer sus pasos. Dormía junto a la puerta esperando reconocer el escándalo que hacía al buscar las llaves en su bolsa de plástico. A partir del segundo día de su ausencia los alimentos se terminaron y yo sentía el estómago áspero y contraído. El agua escaseaba y yo eludía ir al baño para no ahogarme con los olores de mi propia mierda. Pasaron los días y Catalina no aparecía, así que desesperado tomé la determinación de meterme bajo la cama para morirme allí de una vez por todas. A cada hora, mi cuerpo se aproximaba a ser sólo silencio. Llegué a pensar que finalmente había muerto y que la muerte era sólo eso: inmovilidad y silencio. Estuve así durante más de dos semanas y cuando Catalina llegó yo había dejado ya de sentir mi cuerpo. Se deshizo de sus zapatos y se recostó en la cama; balbuceaba una canción y esporádicamente lanzaba algunos insultos. Se durmió durante muchas horas: el tiempo justo que yo requería para morirme. Hubiera querido tener algo de fuerzas para recibirla como se merecía, con alegría y pompas, hubiera querido besarle los pies y pedirle que me golpeará por todos los días que se había alejado. Gritarle:

—Catalina, has vuelto, no me dejes, existo, no permitas que nadie me vea, que me obliguen a usar el español, que nadie me toque, sólo tú con tus piernas olorosas a agua y tu putería innata.

Nada que hacer, ni siquiera pude ahorrarme la asquerosa impresión de encontrarme días más tarde pudriéndome bajo su cama.

## Las hijas de Pedro

BERENICE Y ANDREA. ASÍ se llamaban las hijas de Pedro. Lo había conocido hacía más de veinte años cuando vivíamos dentro del mismo edificio. Crecimos y nos fuimos pudriendo juntos, luego, yo me dediqué exclusivamente a vagar y él invirtió su tiempo en el comercio: vender y comprar plástico. Serían casi diez años de no verle la cara. Él continuaba viviendo en el mismo edificio de nuestra infancia, yo en cambio tenía un departamento en el otro lado de la ciudad; allí por lo pronto una mujer me daba su culito y algo de dinero para irla pasando. Esa noche me encontraba por aquel rumbo debido a la casualidad; el Metro había dejado de funcionar y los usuarios fuimos lanzados a la superficie. La calle estaba un poco cambiada, pero no me costó trabajo reconocerla, allí seguía en pie el viejo edificio. Fue entonces cuando se me ocurrió visitar a Pedro. Me recibió con un fuerte abrazo y con exaltadas muestras de alegría. Un perro entretanto se acercó a olerme los zapatos, sentí más afecto por el perro que por Pedro y se lo demostré acariciándole la cabeza. Entré desconfiado. ¿Cómo era posible que después de tantos años de no vernos se mostrara tan amigable? Su amabilidad me desagradó. No había terminado de entrar cuando ya tenía serias intenciones de largarme. Todo cambió cuando Pedro me invitó a permanecer en su casa un poco más y tomar un trago. Me hablaba de su vida, su familia y su trabajo como cualquier hombre insignificante. Yo me encontraba bastante mal en aquel lugar esperando algún momento oportuno para despedirme, cuando de la puerta de una recámara aparecen las idiotas. Berenice y Andrea, así las llamaba Pedro. Una era alta y de piel morena, la otra, de mediana estatura y blanca; la diferencia primordial entre ambas consistía en que la segunda babeaba constantemente.

Pedro había perdido su sonrisa inicial, su evidente incomodidad era signo de que le apenaba tener dos hijas idiotas. Ninguna de las dos rebasaría los dieciséis años. La morena parecía ser la más afectada por la naturaleza, su andar no era muy ortodoxo, con toda seguridad una de sus piernas era más corta que la otra. Poseía también un par de ojos grandes y una boca algo deforme con la que repetía cada vez que tenía una oportunidad: «caca, caca». Su hermana, aunque babeaba todo el tiempo, daba muestras de ser la más normal. Su presencia no me había impresionado, hasta les dije:

—Hola, chicas. ¿Cómo están?

Esto dio pie para que ambas vinieran a sentarse a mi lado y la morena aprovechara para observarme más de cerca con gran curiosidad. El humor de Pedro era inmejorable. Estaba acostumbrado a que la gente mirara a sus hijas como si

fueran monstruos. En realidad lo eran, pero el hombre es la misma mierda siempre. Algunas variantes no le permiten alejarse mucho de su condición original. La morena se animó a preguntarme:

—¿Caca, caca?

Pedro nos veía como una madre que contempla a sus tres hijas hacer la primera comunión juntas. Mi pierna derecha estaba totalmente humedecida, pues Andrea me babeaba desde hacía más de diez minutos. Me iba a despedir, pero Pedro, intentando convencerme de lo contrario, fue a la cocina y volvió con una botella de tequila en las manos; estaba feliz.

—¿Y tu esposa? —le pregunté.

Tenía la vaga idea de que Pedro se había casado.

—Se largó —respondió—, me dejó con las niñas, la muy puta, chaquetera, el día que la vea la voy a matar.

Pensé que Pedro nunca mataría a nadie; si fuera capaz de hacerlo, ya hubiera ahogado a ese par de engendros que llamaba hijas.

Pedro trabajaba durante las noches y aunque estuvo explicándome los pormenores de su empleo no le puse demasiada atención. Eran las doce de la noche y debía marcharse. La botella de tequila había expirado. Me despedí. En la puerta se me ocurrió que el Metro había expirado también. No tenía dinero suficiente para alquilar un taxi y si me iba caminando llegaría a mi casa en dos meses. Le expliqué a Pedro la gravedad del asunto y le pedí dinero. No dudó en invitarme a pasar la noche en su casa, dormiría en su cama. En realidad, yo deseaba ir a visitar a mi culito porque tenía unos deseos enormes de meter la verga en algún lado. Pedro me empujaba en dirección a su cuarto, estaba obstinado en no dejarme partir. Como no tenía deseos de discutir, accedí y me fui directo a la cama. Él llevó a sus hijas hasta su recámara, encerró al perro y pronto estuvo preparado para marcharse. Antes de hacerlo, le pregunté:

—¿Quién cuida a las niñas?

—Había una señora, se fue hace una semana, la muy puta, chaquetera, el día que la vea la voy a matar.

—Está bien, Pedro, tranquilízate. Buenas noches.

Se despidió. Regresaría al otro día en la mañana. Fui al refrigerador y tomé una cerveza, luego fui hasta el sillón y me puse a hojear una revista mientras bebía.

Berenice salió de su recámara tambaleándose y vino a sentarse a mi lado, vestía una pijama y un gorro de dormir tejido a mano. Le ofrecí un poco de cerveza, pero ella rechazó la invitación muy amablemente.

—Caca, caca.

En seguida hizo su aparición la babosa, quien también corrió a sentarse a mi lado. Aunque su vocabulario era muy reducido, logró preguntarme si yo era su papá. Le dije que sí, entonces ella me echó los brazos al cuello, llenándome la cara de baba. Le ofrecí cerveza y ante mis ojos incrédulos me la arrebató, bebiéndosela de un trago.

—Cabrona —le dije.

Me vi obligado a ir a la cocina en busca de otra cerveza, pero sólo encontré una botella de tequila que Pedro guardaba dentro de una olla. Bebimos como desesperados. La morena gesticulaba incómoda; quería participar de nuestra euforia. Volví a ofrecerle un trago y esta vez no tuvo más remedio que aceptar: bebió sin medida.

Estábamos de lo más bien. Berenice encendió el televisor que teníamos frente a nosotros. Fue hasta entonces cuando, al agacharse, me enteré de que poseía un culo maravilloso. Había tomado la misma cantidad que yo y obviamente luego de un rato se quedó dormida. Andrea, en cambio, no perdía la compostura y había dejado de babear, el tequila le había sentado muy bien. En aquel momento dejé en libertad el pene, había tenido un mal día, un culito lo esperaba y él aquí solo y sin porvenir. Andrea veía aquel artefacto atemorizada, le tomé una mano llevándosela hasta donde se encontraba aquel bulto desolado y triste, quería convencerla de que nada sucedería, pero me equivoqué. Ante mi propia sorpresa me vi dotado de una fuerte erección. Tratando de apagar el fuego, rocié el pene con un chorro de tequila, pero las sorpresas continuaron: Andrea se abalanzó sobre él y comenzó a lamérmelo. Lo chupaba con verdadera devoción. Mi verga bañada en agua parecía un hipopótamo chapoteando en una tina de baño. De pronto, Berenice nos gritó:

—¡Caca, caca!

Había despertado. Aunque intentamos ignorarla y continuar en lo nuestro, no fue posible. Ansiosa de participar en aquella extraña actividad, le dio un empujón a Andrea apoderándose del pene en cuestión y mordiéndolo sin piedad. Mi grito debió oírse en todo el edificio. Sin embargo, para mi fortuna, la herida no fue grave y pronto me vi restablecido. Hice lo posible por consolar a Berenice, que arrepentida por su comportamiento había llegado hasta las lágrimas. Le arranqué la pijama, acto que pareció tranquilizarla, y la despojé de su gorra de dormir. Por lo menos ahora se encontraba dentro del mismo juego. Tenía un culo realmente impresionante, le succioné los senos y le metí un dedo por la vagina: aquello estaba de lo más duro. Andrea, al ver a su hermana desnuda, se despojó de su ropa y luego me indicó que yo debía hacerlo también. Le obedecí, quitándome rápidamente los pantalones. No pude más. Tiré a Berenice al suelo, le abrí las piernas y la penetré. Sentí que la verga se me rompía en pedazos, era una aventurera penetrando en una selva virgen. Un grito se ahogó en su garganta. Su boca entreabierta parecía indicar que había muerto. Pero no, oculta en esa boca deforme podía adivinarse una sonrisa. Sentí de pronto un baño de agua en el culo. La babosa, en su afán de continuar lamiendo, se había metido entre mis nalgas. Mi verga, por su parte, se hallaba feliz pues entraba y salía con alegría.

Todo terminó. Me vestí y vestí a las niñas. Berenice había dejado de repetir a cada instante: «Caca, caca», y dormía con la mirada extraviada. Le puse la pijama y la recosté en el sillón junto a su hermana. Bebí de un sorbo los residuos de la botella y me fui. Estaba amaneciendo. Recordé al buen Pedro y lo imaginé insultándome:

—¡Hijo de puta, chaquetero, el día que lo vea lo voy a matar!



## ¿Niño o niña?

CAMINABA DESDE HACÍA VARIAS horas sin el deseo ni la convicción de llegar a ningún lugar. Me hallaba en un sitio desconocido, consecuencia de andar siempre cabizbajo. Sabía por experiencia que levantar la cabeza siempre le trae a uno problemas. Esta vez no fue distinto; apenas alcé la vista descubrí que desde el fondo de la calle se aproximaba un cortejo fúnebre. Venían cargando un ataúd y tal parecía que arrasaban con quien se les parara enfrente. Me pegué a una pared con la intención de protegerme y esperar que siguiera de largo para continuar mi camino. El ataúd flotaba sobre la multitud; cuando pasaron frente a mí cerré los ojos y conté hasta diez. No pude terminar, una mujer se acercó hasta donde yo me encontraba intentando decirme algo que el llanto le impedía hacer con más claridad. ¿Quién diablos podía ser? Antes de poderle informar que yo no la conocía, me sorprendió con la afirmación siguiente:

—Guillermo, me alegra tanto que hayas venido.

El desconcierto me orilló a decir lo primero que me vino a la mente.

—No podía faltar. Quería estar a su lado hasta el último momento.

La frase perdió su precisión cuando frente a mis ojos vi desfilan un segundo ataúd; ella, sin poner demasiada atención en mis palabras, me jaló del brazo obligándome a ingresar a la procesión. Miré hacia el final del cortejo, esperando encontrar un tercer ataúd, pero afortunadamente no había habido más muertos. Seis personas cargaban sobre sus hombros el ataúd mayor, el pequeño en cambio era transportado tan sólo por un par de personas. Durante el camino, supongo que hacia el panteón, la mujer desconocida daba rienda suelta a su sufrimiento. La consolé diciéndole que la vida era peor que la muerte, pero mis palabras no surtieron ningún efecto en su estado de ánimo. Así caminamos durante media hora más hasta que en la intersección de dos avenidas la marcha se detuvo. Una docena de policías intentaba impedir el paso del grupo luctuoso argumentando que ocasionarían un problema vial. La multitud gritaba enardecida y el enfrentamiento parecía ser inminente. Los dos hombres encargados de llevar el ataúd más pequeño deseaban sumarse a la discusión, pero les parecía un sacrilegio andar llevando el féretro para todos lados.

—Guillermo lo sostendrá —propuso mi compañera.

Sin esperar una sola palabra más, un tipo vino hacia mí poniéndome la caja en los brazos. Si bien su peso no era considerable, me incomodaba tener en las manos el cadáver de un desconocido. «¿Será un niño o un enano?». De pronto se inició una pelea; llegaron más policías golpeando a todo aquel que no tuviera puesto un uniforme. Mi acompañante daba unos gritos espeluznantes.

—¡Respeto al dolor ajeno! ¡Respeto al dolor ajeno!

Era imposible calmarla. La gritería se hizo hasta tal grado insoportable que me vi tentado a abandonar la caja y largarme de allí, más aún cuando junto a mí pasó un hombre bañado en sangre. El temor hizo presa de mí; sin pensar en lo que estaba haciendo, eché a correr con el ataúd en brazos. Me escurrí por la calle más cercana y continué corriendo por varios minutos. Hasta que, exhausto, me detuve en medio de un grupo de gente que me veía sorprendida. El mundo se me venía encima; me señalaban, alguien gritó:

—¡Es un maniático!

Varios niños arengados por aquella afirmación me apedrearon. Para salvarme subí a un camión. Una joven, conmovida al verme con un ataúd en las manos, me cedió su asiento. Nadie se imaginaba, creo yo, que había un muerto allí dentro. Cuando el camión llegó a su destino descendí y comencé a andar sin rumbo determinado. A mitad de una calle poco transitada deposité la caja en el suelo sentándome encima de ella. Un hombre se aproximaba hacia mí empujando un carro de madera; al verme me ofreció quinientos pesos por mi ataúd; era un ropavejero, un mercachifle, qué sé yo.

—Está bien. Mil pesos, ni un centavo más —el viejo hacía cuentas—, apenas le podré ganar cien o doscientos pesos.

Recibí el dinero y yo mismo coloqué el cajón en el carrito junto a un neumático. El viejo se alejó complacido. Continué mi camino: nunca más volvería a levantar la cabeza.

## **Madelaine**

HABITO UN PISO EN un edificio famoso de la Quinta Avenida. Durante las tardes llevo a mi perra Madelaine a pasear al Central Park y, mientras ella juega con otros perros igual de neoyorquinos que ella, yo como castañas asadas sentada sobre una banca. Aunque a decir verdad no sucede exactamente eso; vivo en una vecindad de la colonia Portales, en la calle de Centenario. Me gano la vida aplicando inyecciones, así se debe decir, aplicando inyecciones, no poniendo sino aplicando. Cuando un cliente escucha que en vez de aguja digo jeringa y en lugar de poner digo aplicar, se da cuenta de que está tratando con una profesional. Ahora, en vez de nalgas digo glúteos o pompas; se da cuenta de que además está tratando con una gente decente. Sinceramente no requiero trabajar porque mi esposo es el director general de una empresa transnacional de capital mixto muy importante y siempre que le hago saber que me gustaría enterarme de los secretos de la cocina me invita a comer al Villa Lorraine o al Dos Puertas. Cuando me pongo mi bata blanca para aplicar alguna inyección, él se molesta pues no le gusta verme sin mis cotidianos modelos que me diseña personalmente Calvin Klein o Carolina Herrera. Bueno, la verdad es que mi esposo no es el empresario que debió haber sido; trabajaba en correos llevando cartas en su bicicleta hasta que un día el dolor de sus almorranas se hizo insoportable. Tuvo que abandonar su trabajo y ahora yo debo mantenerlo. Hace más de un año que está boca abajo sobre la cama y muy pocas veces le veo la cara. Ayer, Madelaine hizo una cochinada y estoy muy disgustada con ella; permitió que un sucio perro del Bronx se le montara mientras yo me entretenía comiendo castañas.

## El Mala Muerte

DOS HIJOS MÍOS HAN muerto de desnutrición. Su madre es prostituta y no tuvo tiempo de prestarles atención. Yo tampoco pude hacer nada por ellos pues purgaba una condena de diez años en la Isla del Diablo por haber dado muerte a tres policías. Mis amigos me dicen el Mala Muerte porque todos mis enemigos han muerto precisamente de un modo violento. Debo confesar que nada es cierto, que nunca me ha faltado nada, me he casado una vez y espero que sea la única, dedico todas las tardes a la lectura y a mis pequeñas hijas Lorette e Ivone, me gusta Chopin, pero también disfruto de la música contemporánea, no me gusta la política y opino que cada quien debe gobernarse con probidad y justicia; hablo francés e inglés y colaboro cada semana en un periódico respetable. El dinero no me preocupa, pues tengo suficiente y mi familia vive confortablemente. Apenas ayer salí a la calle y con toda naturalidad violé a una adolescente que tenía los labios pintados de rojo: la abandoné exhausta en un parque. Después me fui a emborrachar con mis amigos; durante la juerga tuve que medirme dos veces: la primera con los puños y la segunda armado de una navaja, en ambas terminé victorioso. Para celebrarlo salí de la cantina y castré a dos perros y a un viejo que pasaba por ahí. No es necesario que confiese que he vuelto a mentir, a las cinco tengo un partido de tenis con el ingeniero Moreno y en la noche tomaré un avión hacia Londres por lo que tendré que tomar pastillas.

## Protesa

AYER FUE UN MAL DÍA; la Bolsa bajó setecientos puntos, mis acciones en Edisa se fueron por los suelos y mis bonos de Probursa perdieron treinta por ciento de su valor; afortunadamente, Difusa terminó despuntando y obtuve ligeras ganancias, lo que equilibró de algún modo mis pérdidas. En la mañana adquirí veinte por ciento de las acciones de Protesa y en la tarde la empresa quebró. Aunque no debiera quejarme, pues mis activos están mejor que nunca y las pérdidas resultan mínimas; no estoy conforme porque mi mujer me ha dicho que desde que dormimos en el mismo cuarto donde duermen los niños ha dejado de tener orgasmos; es natural, la cama rechina y yo no quiero que el pequeño se dé cuenta de lo que hacen sus padres. El mayor, sin embargo, lo sabe perfectamente y cuando sospecha algo sale del cuarto silenciosamente. Se lo agradezco porque la última vez, a pesar de la fuerte lluvia, estuvo allá afuera durante diez o quince minutos, que es el tiempo que requiere su padre para eyacular. Ojalá pronto crezcan lo suficiente para que hagan su propia vida.

## Tan bello, tan azul, tan claro

VIVÍA EN UNA ISLA en medio del Caribe. Todo era tan bello, tan azul, tan claro, en resumidas cuentas... tan bonito, tan todo. Aves exóticas volaban sobre mi cabeza, ríos de aguas transparentes pasaban junto a mí buscando el mar. En realidad no vivía allí, sino en el condominio de una vieja unidad habitacional, en un departamento pequeño cuyas recámaras medían dos metros por dos metros y en donde se escuchaba perfectamente el ruido de las tuberías transportando la mierda de los vecinos que habitaban el piso de arriba. En lugar de aves exóticas teníamos un perro que orinaba en todas las patas de las sillas y a través de la ventana podíamos ver el condominio 14-C, que era exactamente igual al nuestro: el 14-B. Vivía tan feliz. Mi amante poseía unas piernas hermosas, era estrella de cine, había actuado en siete películas y apenas tenía veintiún años; todo el día se dedicaba al cuidado de su cuerpo y a su preparación teatral. Se habrá descubierto ya que tal mujer no existe sino que es una invención mía, así es, en realidad vivo solo y los fines de semana me visita una tía que está por cumplir los cuarenta años. Vivo en una isla en medio del Caribe, me alimento de plantas exóticas y bebo en limpios ríos de agua dulce; el mar es azul y todo es tan blanco, tan bello, tan animal, tan hermoso.

## Blue Velvet Dress

ESTA NOCHE VIAJARÉ A París; me espera ya el embajador, quien ofrecerá una recepción en mi honor. Me hubiera gustado lucir aquel modelo exclusivo de Giorgio Armani, pero he preferido sorprender a mis anfitriones con una creación mía: el Blue Velvet Dress. Espero que la recepción no se prolongue mucho tiempo y alguno de mis pretendientes me salve invitándome a Pigalle. Hace ya meses que no bebo una botella de Cordón Rouge mientras disfruto de un espectáculo típicamente parisino. Mientras tanto debo atender la tocinería. Hoy he tenido que cargar yo sola en ausencia de mi marido dos toneles de vinagre de veinte kilogramos cada uno, me he cortado un dedo mientras despachaba doscientos gramos de salami y he debido soportar a aquella señora reclamándome que el queso estaba mal, que estaba viejo, ¿no sabe que entre más viejo el queso es mejor? He salido más de diez veces a espantar a los perros que saltan tratando de alcanzar el tendedero en donde cuelgan varias tiras de chorizo. Ha sido un día duro. Cuando llegó mi marido, corrió la cortina metálica a pesar de que aún no era hora de cerrar y se acercó a donde yo estaba para besarme. Me levantó la falda y me hizo el amor. A causa de la brusquedad de sus movimientos se nos vinieron encima varias piernas de jamón. Él no le prestó demasiada atención al hecho, pero al cerrar la tocinería un perro se había quedado dentro y ahora estaba devorando la carne. Tuve que soportar los gemidos de Vicente y el escándalo que hacía el perro con el hocico mientras masticaba el jamón muy cerca de mis oídos.

## Los caminos de la ciencia

APARECIERON AQUELLA TARDE CON el rostro cubierto por dos máscaras antigases. Supuse que se trataba de algún juego. Yo leía el periódico sentado cómodamente en mi sofá. Ella tenía once años y él no tardaría en cumplir los nueve. Vivíamos en un edificio de pequeños departamentos y de largos y oscuros pasillos. Se requería mucha luz para iluminar las habitaciones y las voces de nuestros vecinos se filtraban a través de las delgadas paredes. En el número nueve habitaba un inquilino que durante la noche gritaba desesperado. Soñaba que se moría. Todos los vecinos estábamos acostumbrados al cotidiano escándalo al que nos condenaba el viejo. No tenía ni familiares ni amigos y cuando lo requería solicitaba ayuda a los vecinos. Una vez tocó en nuestra puerta solicitando auxilio; el cierre de su pantalón le había atravesado el pene y se estaba desangrando; mi mujer fue la encargada de reparar el desperfecto. Como el desarmador que teníamos era demasiado ancho, utilizó los dientes. Ver a mi mujer en aquella posición no era agradable, de modo que fui a la cocina y esperé a que la operación concluyera. Cuando el anciano se fue, mi esposa se lavó la boca varias veces: era una mujer verdaderamente admirable. En otra ocasión, el viejo se había atravesado la garganta con un hueso de pescado; fue mi hija, quien poseía los dedos más delgados, la que metió la mano hasta el esófago obstruido salvando a aquel hombre de morir asfixiado. Luego fue al baño y se lavó con jabón varias veces hasta quedar completamente limpia: mi hija también sería una mujer admirable. Yo compadecía a nuestro vecino, pero me molestaba que cada vez que tenía un problema, algún integrante de mi familia debía meterle la mano. Nadie sabe con exactitud el día que murió, pues según dicen algunos continuaba gritando aún después de muerto. Todo parece indicar que murió cómodamente sentado en su sofá mientras leía el periódico.

—¿Para qué quieren esas máscaras? —le pregunté a mi hija mayor pues en ella recaía la responsabilidad de mantenerme informado sobre todo lo que concerniera a mis hijos.

—Nos estamos protegiendo de la contaminación.

La respuesta me dejó satisfecho y evité hacer más preguntas; sin embargo, fue un grave descuido de mi parte, porque si aquella tarde hubiera hecho una sola pregunta más habría descubierto con toda seguridad lo que estaba sucediendo: los niños se habían metido al departamento del viejo presenciando durante las tardes el modo en que su cuerpo se iba descomponiendo; después de una semana se sintieron incapaces de soportar el fétido olor que desprendían aquellas carnes y consiguieron un par de máscaras antigases en la bodega donde dormía el portero. La niña mayor, que era la



más inteligente y recordaba con claridad sus clases de anatomía, le practicó al difunto una rudimentaria lobotomía y el más pequeño, que deseaba ser médico cuando fuera mayor, ensayó una autopsia. Fue hasta después, cuando el cuerpo estaba hecho pedazos, que mi mujer encontró bajo la cama de los pequeños una bolsa de plástico con algunas vísceras que los niños pensaban estudiar más tarde a conciencia. Mi mujer, a pesar de ser admirable y de una valentía incuestionable, se desmayó. Los vecinos, quienes siempre estaban escuchando al otro lado de las paredes, se enteraron y llamaron a la policía, al servicio médico forense y telefonearon a mi oficina para ponerme al tanto de lo que ocurría dentro de mi casa. Al volver encontré una decena de vecinos dentro de mi departamento. Por fortuna, el incidente no tendría consecuencias graves, mis hijos podrían ser traviosos pero no eran un par de asesinos: eran un par de niños normales a quienes se les presentó la oportunidad de llevar a la práctica lo que teóricamente se les enseñaba en la escuela. Confieso que aunque los reprimí con severidad sentía un orgullo sincero por su comportamiento. El encargado de la averiguación, luego de informarme que todo estaba en orden, me pidió con mucha amabilidad que ordenara a los niños hicieran favor de devolver la cabeza del difunto. Ellos, los niños, podrían ser cualquier cosa, pero no sabían desobedecer a su padre. El más pequeño, dando muestras de un irreprochable civismo, fue hacia el baño, hizo a un lado la tapa de la lavadora inservible y extrajo del interior de unas sábanas viejas aquel bulto agusanado. Mi mujer, quien, vuelvo a repetir, era admirable y de una valentía incuestionable, volvió a desmayarse. Mi hijo le entregó al inspector la prenda deseada y yo, tratando de justificar la acción de mis hijos, le dirigí unas palabras a ese hombre pálido y asqueado:

—Si de vivo le metimos la mano, no veo por qué no habríamos de hacerlo después de muerto.

Cuando el encargado de las averiguaciones y los inquilinos se marcharon, nos pudimos dedicar a cuidar a mi mujer que a pesar de ser una mujer valiente y admirable parecía estar muy impresionada.

## La posmodernidad explicada a las putas

«NADIE VA A SOBREVIVIR excepto los filósofos y las putas, todos serán consumidos cuando la ciudad arda en llamas». La profecía estaba escrita sobre la pared de un edificio estilo Bauhaus en Insurgentes. Seguí de largo hasta el carrito de hot dogs anclado en la esquina. El delantal de la anciana estaba surcado con manchas rojas y amarillas, un gorro doblado a la manera de un barquito de papel le cubría las canas. Un anuncio luminoso brillaba en la punta de un condominio, encima de éste un helicóptero de la Secretaría de Protección y Vialidad hacía un ruido ensordecedor.

—Todo es como un anuncio de Pepsi —le dije a la anciana, quien colocaba una salchicha rosada en el interior de una medianoche Bimbo.

Faltaban aún cinco minutos para que partiera el último tren; sin embargo, había decidido caminar esa noche hasta el amanecer, evitándome así el denigrante espectáculo del Metro: centenares de seres despreciables volviendo a sus casas, al estercolero de sus familias, centenares de ciudadanos que si pudieran irían a otro lado. Mientras comía mi hot dog, la anciana se acomodó sobre un diminuto banco de madera y de la bolsa de su delantal extrajo un libro de Jean Baudrillard, que tenía un separador en la hoja 126. De una patrulla brotaron dos policías, morenos, obesos, a uno de ellos la papada le colgaba de un lado a otro como si fuera la lengua de un gran danés.

—Dos, sin mostaza —dijo uno. El otro lucía tres escuadras en cada uno de sus hombros; era capitán.

—A ustedes no les vendo nada, hijos de la chingada —dijo la abuelita sin levantar los ojos del libro.

El helicóptero daba vueltas ahora sobre una torre de cemento en cuya pared frontal brillaba un enorme anuncio de zapatos Canadá. Los policías, resignados, debieron desplazarse hasta el puesto de tacos ubicado en la esquina siguiente. «Una anciana anarquista —pensé, la mitad de mi hot dog había desaparecido—, no debería leer a Baudrillard sino a Bakunin». Durante mi estancia en aquel sitio fui testigo del advenimiento de tres nuevos clientes.

El primero: Un escritor, delgado, alto, cubierto con una gabardina negra comprada en el Mercado de Las Pulgas en París; estaba borracho, decía que cambiaría el curso de la cultura, hacía reivindicaciones. La anciana lo veía con misericordia y mientras sepultaba la salchicha en un mar de cátsup lo sentenció:

—No eres más que un aburrido espectáculo.

Los dos policías, quienes volvían de engullir varias docenas de tacos, se introdujeron a su patrulla no sin antes gritar a viva voz.-

—¡Vivan los tacos, hijos de la chingada!

Sólo el escritor tuvo un comentario:

—En el fondo no son más que unas bestias.

El segundo: Fue un *young professional* que había dejado estacionado el Tsuru una cuadra después: sus pantalones confeccionados con fina mezclilla, zapatos de piel, una camisa Christian Dior, un reloj Cartier y una chamarra comprada en la gran barata de Suburbia. Llegó hasta nosotros sonriendo y frotándose las manos.

—Apenas vi el carrito y me dije: No puedo quedarme esta noche sin un exquisito hot dog —ni siquiera lo volteamos a ver. Sin embargo, el tipo insistió—. Me dije: Necesito un buen par de hot dogs para sobrevivir esta noche.

Fue el escritor el encargado de caer en la trampa:

—Dios mío, la gente como usted no debería hablar, debería emitir sonidos como el teléfono.

Para nuestra sorpresa, la anciana se mostró más benevolente:

—No hagas caso, hijo, la funcionalidad y la estupidez aún son vistas con mala cara.

La tercera: Una prostituta de pelos amarillos, trompuda, minifalda imitación cuero, botas negras subidas hasta la rodilla, una blusa adquirida en una tienda de saldos en 20 de Noviembre.

—¡Qué noche! —decía al tiempo que se jalaba las medias de nylon—. He estado con un tipo que ha llorado toda la noche; no quería sexo, hubiera sido preferible, era uno de esos cabrones celosos enfermizos, ¿qué creen que hizo el hijo de puta? Un día se puso una máscara, sí, como lo oyen, una máscara, y esperó a su esposa en el camino del trabajo a su casa, la atacó y se la llevó a un terreno baldío, allí la violó y al darse cuenta de que no oponía resistencia, es más, que gozaba como nunca, la ahorcó. No pudo resistir ver a su mujer gritando de placer en manos de un desconocido; le apretó el cuello y la dejó allí abandonada; hubieran oído cómo lloraba el hombre, y la pobre de su mujer, morir en esa forma, atacada por un enmascarado.

El *young professional*, que escuchaba la historia con la boca abierta, añadió:

—Bueno, a lo mejor pensó que era el Blue Demon.

El escándalo de dos autos al impactarse entre sí nos sorprendió a todos, un burócrata que conducía un Topaz negro y un pequeño empresario que aún pagaba las mensualidades de su Corsar; el daño había sido mínimo; sin embargo, bajaron de sus autos y comenzaron a discutir. Era un par de pobres diablos, que habían sacrificado su vida para tener un departamento propio, una mujer que les abriera las piernas cada 15 días y un auto; naturalmente llegaron a un acuerdo y, satisfechos, se ofrecieron la mano, acto que fue aprovechado por el escritor para lanzar un grito estrepitoso:

—¡Viva la clase media!

Para entonces, el *young professional* había engullido su primer maravilloso hot dog y la prostituta deseaba el doble de mostaza en su salchicha.

—¿Qué refrescos tiene?

—Chaparrita, Sangría y CocaCola.

El cuarto: Llegó inesperadamente, un profesor de literatura, el traje comprado en una tienda de Héroe de Granaditas y una camisa adquirida con descuento en la tienda de la Universidad.

—¿A cómo son?

—Dos mil quinientos.

—Deme uno sin mostaza.

—¿Y a qué te va a saber eso, papacito? —terció la prostituta de pelos amarillos.

—Señorita, si me permite, usted seguramente es de aquellas que se ponen la ropa nueva y no le quitan la etiqueta: esta mostaza es malísima.

—¿Qué querías, *Moutarde* de Dijon? —se entrometió el escritor.

—La etiqueta la trae colgada tu madre —añadió la furcia oxigenada.

—Es una analogía, señorita —contestó el profesor frunciendo la jeta; en tanto, se alzaba sobre la punta de los pies para husmear el título del libro que la anciana había colocado en el banquillo mientras le preparaba el perro caliente—. Ah, Baudrillard; ese tipo de escritores nos ha sumido en un relativismo estéril del cual dudo mucho que podamos salir —como nadie se tomó la molestia de callarlo el profesor continuó—: Yo opino que debemos volver a nuestras fuentes y hacer una lectura, no puede ser que ésta sea la conclusión de una civilización tan...

La puta de pelos amarillos y el *young professional* se codeaban entre sí, la cátsup había corrido por la solapa del traje adquirido en Héroe de Granaditas y ya goteaba hasta la punta de sus zapatos. Al descubrir el accidente, el profesor se sonrojó interrumpiendo bruscamente su discurso. En actitud conciliadora y ensayando una entonación maternal, la prostituta se acercó para consolarle:

—No se preocupe, hombre de letras, a mí me ha sucedido también muchas veces; hay que meterse a tiempo la salchicha en la boca, porque si no, comienza a escurrirse.

Las vulgares carcajadas se amplificaron en aquella esquina como dentro de una gran caja de resonancia. Frente a ellos, cruzando la avenida, la puerta del Sanborns se abría por última vez, del interior emergían un par de secretarias ebrias intentando detener un taxi, dos *diosas morenas* ofrendándose a mitad de la noche.

—Mira, profesor, miembro abnegado de la historia —éste que habla era el escritor, se acomodaba el cuello de la gabardina comprada en el Mercado de Las Pulgas—; era un concurso infantil dirigido por un adulto, un programa cultural diseñado especialmente para entretener a las pequeñas larvas. La primera pregunta, que además estaba respaldada por una bicicleta y 500 mil pesos, fue: «¿Quién escribió *La Divina Comedia*?» 20 manos, profesor, 20 manos se levantaron al mismo tiempo. El conductor no tuvo más remedio que elegir una. «¿Sabes cuál fue la respuesta?».

La puta de pelos amarillos, que había escuchado atentamente la historia, contestó con un grito:

—¡Octavio Paz! —El escritor, que había comprado su gabardina en el Mercado de Las Pulgas, sonrió:

—Así es, lo mismo dijo el niño ¿y sabes cuál fue la injusticia, profesor?, que no le dieron el premio; primero los educan dentro de una cultura monolítica y luego les piden matices.

La prostituta oxigenada no tenía claro si había acertado o no en su respuesta:

—¿Entonces qué?

—Claro que sí, mamacita —dijo el escritor—, te disparo otro hot dog.

Un taxi se detuvo y las diosas morenas se introdujeron al Volkswagen verde. El profesor de literatura quiso contestar, pero tenía la boca llena. La anciana volvió a sentarse abriendo su libro de Baudrillard en la página 127. El *yuppie* se despidió:

—Hacía mucho tiempo que no probaba unos hot dogs tan fenomenales.

El escritor tomó a la puta de pelos amarillos y le dijo:

—Vámonos, güera, vas a ver que yo no me pongo a llorar.

El profesor de literatura detuvo un taxi y le preguntó al conductor:

—¿Cuánto me cobras hasta el Centro Histórico?

Estábamos como al principio, solos la anciana y yo. Antes de partir vi cómo la abuelita tomaba una exprimidera de salsa cátsup y sin soltar su libro se dirigía hasta el muro más cercano; allí escribió la siguiente frase: «**TODOS SOMOS MUTANTES, NO HABRÁ YA JUICIO FINAL**».

## *Segunda parte*

## Bar Cuatro Rosas

MADRID SE HABÍA DERRUMBADO. Las calles eran largos cementerios azules y las mujeres, hermosos y lánguidos cadáveres que vestían de negro y llevaban los labios pintados de violeta. Los hombres dormían bajo las piedras con sus manos sobre el sexo y con el recuerdo del progreso atravesándoles el culo. Yo vestía de negro también: era el único modo de andar desnudo durante las noches. Todo había cedido a la enfermedad: los autos estaban convertidos en chatarra silenciosa y en su interior mujeres ausentes se acariciaban la piel y se mordían los muslos: su cabello estaba pintado de rojo y tenían la espalda blanca y transparente.

Tropecé con un rectángulo de metal: una lámina amarilla que tenía inscrito en el centro Kola Cao. La limpié con mi camisa quitándole el polvo. Caminé sobre las piedras pisando cuerpos flácidos y muebles Art Decó. Dentro del bar sólo había mujeres de quince y de treinta años, los hombres en cambio parecían tener la misma edad, incluso yo. La música provenía de la calle aunque eso resultaba imposible. Me acerqué a la barra y bebí de un vaso: era una rubia que sabía despreciarme, ni siquiera volteó a verme sino que dándome la espalda pidió otro trago. Cuando le toqué los hombros el volumen de la música aumentó y pude ver sus ojos fríos y su boca blanca suplicándome que no la tocara; me ofreció su vaso y yo no dudé en tomarlo.

—¡Madrid ya no existe! —le grité al oído, pero ella se alejó sin inmutarse.

En el centro del bar reposaba el cadáver de un perro: tenía una larga herida en el cuello y sangraba abundantemente. Nadie lo miraba pero todos sabíamos que estaba allí, esporádicamente alguien se acuclillaba para acariciarle la cabeza: era un andrógino, puso su mano sobre el cuello del animal y permaneció allí varios minutos. Cuando se dio cuenta de que lo veía, se incorporó y vino hacia mí.

—Se llamaba Cluny —me dijo mostrándome su mano húmeda y roja.

Le di una suave palmada en el brazo y le ofrecí el anuncio metálico de Kola Cao que aún llevaba conmigo. Lo aceptó sonriendo y se marchó. La camarera jugueteaba con mi cabello; le pedí un vodka pero me lo negó.

—Madrid ya no existe —le dije con verdadera tristeza y ella, a cambio, se levantó la blusa para mostrarme una cicatriz que tenía al lado del ombligo. Nos reímos y la música aumentó de volumen. Me puse a observar las paredes: trazos desesperados, panfletos, viejas serigrafías.

Una mujer se acercó a donde yo estaba y me jaló del brazo conduciéndome hasta el fondo del bar: allí me señaló una inscripción en el muro que decía: «Antes de nacer estábamos exactamente aquí».

—Yo lo escribí —me dijo y se fue.

—¡Saquen a ese maldito perro de aquí! —gritaba un hombre desesperado: fue entonces cuando la vi: estaba recargada en la barra temblando ligeramente como si tuviera frío.

Me aproximé a ella pero a cada paso me parecía más lejana. Su expresión siguió siendo de inevitable ausencia aun cuando se percató de que me dirigía hacia ella. Caminó apresuradamente hacia la puerta y desapareció. Fui tras ella; nada había cambiado: Madrid en el suelo y sobre sus muros derrumbados decenas de bellas mujeres reposaban su último orgasmo. Corrí tropezando varias veces; ella caminaba como si estuviera segura de que nunca habría de alcanzarla; era cierto, pero también lo era el que yo nunca dejaría de perseguirla. La había encontrado, sin saber quién era, sin haberla visto nunca antes en mi vida. Allí estaba, se había detenido para enfrentarme: repentinamente me vi sobre de ella, besándola, metiendo mi mano entre sus piernas y sintiendo lo tibio que podía ser el fuego. Me mordió los labios hasta hacerme sangrar; rodamos entre las piedras hasta que quedó encima de mí: pude ver sus ojos verdes mirarme con compasión, con amor y compasión. Estaba muerto, Madrid se había venido abajo y yo estaba muerto. Ella se incorporó y se quitó la falda, se deshizo con lentitud de sus medias negras y se deslizó las bragas sobre una pierna. Estaba muerto y a unos metros de mi cadáver alguien sollozaba. ¿Cluny, qué te hicieron? La mujer frotaba su cuerpo contra el mío, la veía morderme, abrazarme con desesperación y lujuria, pero yo estaba lejos, muerto. Madrid en el suelo y yo... Se fue. Llevaba sus zapatillas en una mano y caminaba sobre las piedras como si flotara. El andrógino había dejado de llorar y se acercó a mí para acariciarme.



## Los tiempos de la Duda

A MÍ NO ME PREOCUPA la muerte. No me puede preocupar algo que es tan común. Aún más: nada puede preocuparme. Nunca me hago preguntas. Los signos de interrogación son seña inequívoca de literatura. Siempre que leyendo algún libro encontré un signo de interrogación, lo abandoné; quizás es por eso que soy tan ignorante. Aquí estoy, acostado sobre una cama, dentro de un cuarto. Estoy acostado mirando hacia el techo. No puede haber nada más; nada que preguntarse: estoy sobre una cama mirando el techo. Quizás antes de morir alguien entrará por la puerta y me conducirá hacia algún sitio donde tratarán de salvarme: me inyectarán alguna sustancia extraña y me alimentarán por sondas; estaré sobre otra cama. Comeré si lo consideran necesario, haré lo que quieran y cuando vuelva a estar solo me dejaré caer y seré un hombre que mira pasar los autos o que vuelve a mirar el techo. Pero es probable que nadie venga y en algunos días más seré un hombre muerto: un hombre que en el pasado miraba al techo y que ahora está muerto. No hay nada que decidir, yo no he decidido morir pero sucede que si permanezco acostado durante mucho tiempo sin comer ni beber pues es natural que muera. Si estuviera en la calle, en el Metro o dentro de una iglesia, me dejaría caer y los otros se ocuparían de mi cuerpo: tratarían de restablecerlo hasta que cansados de intentarlo lo abandonarían nuevamente. Es inútil preguntarse algo: los tiempos de la Duda y las preguntas han pasado; a cambio existen muchos lugares a donde uno puede ir a tirar su cuerpo. Supe de un hombre que se metió dentro de un tinaco; como el nivel del agua subió durante la noche y a los humanos les resulta imposible respirar en el agua, murió. Lo encontraron muchos días más tarde, cuando los propietarios de la casa se dieron cuenta de que la coloración del agua había cambiado y que además desprendía un olor nauseabundo. Supe de otra mujer que abandonó su cuerpo en el mingitorio de una cantina: antes de morir fue penetrada decenas de veces porque los hombres que entraban a orinar pensaban que estaba allí para eso: para ser penetrada. Aún no sé qué pasará conmigo, pero no me importa: si alguien abre la puerta seguramente sucederá algo distinto a lo que sucede sobre esta cama; pero no me sucederá a mí sino a ellos, a los que encuentren mi cuerpo y no tengan la capacidad de ignorarlo.

## Mingitorio público

EL MINGITORIO COMUNAL ERA muy visitado. Yo acudía a él dos o tres veces por semana. Era largo como un pasillo de hospital y siempre estaba sucio; aun así cientos de personas entraban y salían durante el día. En la pared del fondo había un espejo a través del cual la fila de hombres que orinaba crecía exageradamente. Los compartimientos donde se encontraban las tazas eran estrechos y uno podía ver perfectamente los pies de quienes estaban sentados. Sobre los orinales y a unos centímetros del techo se abrían unas pequeñas ventanillas, a través de éstas y de unas viejas lámparas de neón la luz hacía menos lóbrega la estancia. Ahora todo ha cambiado, los buenos tiempos han pasado, aquellos tiempos cuando los obreros eran fuertes y esperaban ansiosos que su trabajo terminara para venir aquí aunque fuera sólo por un momento. Han transcurrido muchos años desde entonces y ahora la puerta está cerrada, las lámparas de neón averiadas y durante el día apenas se hacen visibles los quince orinales pegados a la pared. Cuando el sol está frente a las ventanillas puedo leer las leyendas pintadas en los muros y las manchas del piso. El espejo está empañado definitivamente y una mancha de óxido lo carcome pacientemente conforme pasan los días. Cuando orino, escojo cuidadosamente el lugar, regularmente prefiero usar el primero que está más alejado del espejo y más próximo a la puerta. En las noches cuando la oscuridad es total me siento en alguna taza y me duermo imaginándome escuchar el murmullo característico de los buenos tiempos cuando los obreros eran fuertes y venían a orinar una o dos veces al día; me parece escuchar el agua corriendo por las tuberías, los chorros de orina cayendo precipitadamente sobre la porcelana blanca, el escándalo de los escupitajos. Ahora nada es igual, estoy solo, con los riñones cansados, enfermo. En agosto el sol se cuele por la ventana con más intensidad que en otros meses, lo busco y nos encontramos justo al lado de la novena letrina. Durante una o dos horas soy presa de un optimismo feroz: veo entrar a los obreros y ocupar todos los sitios disponibles, algunos pintan consignas en las paredes, otros hacen bromas, pero el sol se va y todo vuelve a ser realidad. Cuando llega la noche sueño a decenas de ancianos orinándose en los pantalones, los veo gemir sobre una bacinica. Cada día estoy más débil, ya no salgo a buscar comida. He decidido clausurar la puerta, a veces me duermo a lo largo de tres o cuatro días. El tiempo se fue también, mi vista está cansada y el espejo ha terminado por semejar a los muros; las ratas finalmente han logrado romper una ventanilla. Anoche ya no pude levantarme a orinar y mojé mis pantalones: éste es el último aviso, agosto está todavía muy lejos y yo no veré el sol nunca más.

## A la buena de Dios

LA IGLESIA SE LEVANTABA sobre una colina. Las campanas habían sido robadas y las torres oponían poca resistencia al viento. El edificio era una masa grisácea que durante las tardes semejaba una fotografía sepia. El portón principal tenía un hoyo en el centro y si uno miraba a través de él tenía la impresión de estar de cara a una gruta virgen. Los santos pintados en los muros habían perdido su color original y en el piso de la nave reposaban los restos de viejas esculturas de madera y de rosados querubines de yeso. Los vitrales se habían oscurecido al paso del tiempo y de este modo habían clausurado la luz. En el sitio donde debía estar el altar se alzaba una cruz de más de un metro construida con dos tramos de tubería de acero. El confesionario se había venido al suelo y se conservaba intacto; desde el púlpito fluía una fina corriente de agua que desaparecía apenas llegaba al suelo. En el transcurso de la noche, la iglesia era sólo una pesada oscuridad. Yo abría la puerta del confesionario y permanecía allí dentro hasta que la luz entraba a través del hueco del portón principal. No dormía: escuchaba las voces de los arrepentidos y los lamentos de mujeres poseídas por la pasión y la carne. Escuchaba también los jadeos de los sacerdotes masturbándose durante las confesiones y el escándalo suave de los orgasmos tras la sotana. Las ratas se acercaban al confesionario desesperadas por el rumor de mi cuerpo tibio, pero se alejaban apenas percibían los bruscos movimientos que hacía al masturbarme, dos o tres veces durante las noches, imaginándome penetrar a una infinidad de vírgenes nalgonas, imaginándome lamerle los pezones a una religiosa de hábitos blancos. Por las mañanas subía al púlpito y cantaba. Desde allí pude ver la similitud que tenía el confesionario en el que dormía con un ataúd y observaba el hueco del portón como un enorme ojo que me veía con odio y compasión. A lo largo de las tardes pintaba sobre los muros y restauraba un grabado de San Francisco de Asís. Regularmente pintaba rostros deformados y eufóricos, hombres con cabezas alargadas y labios verdes. Pintaba negros con lenguas rojas y signos que conforme pasaban los años iba olvidando: hacía sumas de siete dígitos y multiplicaciones de cuatro, trazaba raíces cuadradas y escribía usando siempre signos de admiración. Cuando el San Francisco de Asís estuvo completamente restaurado, me pude dedicar con más tiempo a mi pintura: añadí dos robots que tenían alas como si fueran arcángeles y un balón de basquetbol amarillo. Cuando terminé mi trabajo subí al púlpito y canté. A partir de ese día y durante todas las tardes subía al púlpito para observar desde allí mi obra: a mi izquierda, San Francisco de Asís gozaba de buena salud y a mi derecha, los robots alucinados me parecían impecables. Conforme los años van pasando me he recluso aún más en la iglesia, cada día soy más débil

para bajar al pueblo e invariablemente encuentro a los hombres demasiado extraños. Anoche decidí tapiar el hoyo del portón para cegar así a ese enorme culo transgresor.

He dejado de masturbarme y las vírgenes han cesado de meterse en el confesionario para excitarme. Soy un viejo, y lo único que me duele de clausurar la puerta es que ya no podré admirar mi mural desde el púlpito y san Francisco de Asís quedará desde entonces a la buena de Dios.

## El bueno, el malo y el feo

HABÍA CUMPLIDO LOS TREINTA años y podía decir que poseía una larga vida. Necesitaba celebrarlo con un discurso. Llamé por teléfono a Rogelio y le dije:

—Tengo una larga vida.

Él estaba por cumplir treinta y cinco años y me contestó:

—Yo también. Tengo un discurso preparado y quiero leerlo en una ceremonia.

Acordamos encontrarnos esa tarde e ir juntos a casa de Gerardo para darle nuestros discursos. Cuando Gerardo abrió la puerta y nos vio lo primero que se le ocurrió decir fue:

—Soy demasiado viejo.

En unos días más cumpliría cincuenta años y seguramente tendría un discurso para celebrarlo. Yo vivía dentro de un cuarto en una vecindad vieja y ocasionalmente habitada de modo que pensé en el patio como el lugar apropiado para llevar a cabo nuestra ceremonia. Lo propuse y fue aceptado de inmediato. Esa noche nos reunimos los tres, vistiendo cada quien sus mejores ropas, y yo saqué de mi cuarto dos sillas, las que colocamos a unos metros frente a la puerta de modo que el celebrado pudiera salir de mi habitación y recibir los aplausos de frente. Todos estábamos muy nerviosos y Rogelio se mordía los dedos. Fui el primero en hablar. Gerardo me observaba con curiosidad: pensaba que mi participación habría de ser muy interesante.

—Quiero agradecer a mi madre que me haya parido justo unos segundos antes de morirse.

No pude más y solté en llanto. Los demás callaban respetuosos. Cuando se dieron cuenta de que no diría nada más, se pusieron de pie y aplaudieron como nunca antes nadie lo había hecho por mí. Vinieron hasta donde yo estaba y me abrazaron.

—Felicidades, nunca te olvidaremos.

Me acompañaron hasta una de las sillas y aguardaron hasta que pude controlar mi emoción. Rogelio sería el próximo en dar su discurso. Desapareció tras la puerta y tardó en volver. Como no aparecía comenzamos a aplaudir con ansiedad; cuando finalmente salió del cuarto extrajo un papel que traía en uno de sus bolsillos y leyó:

—No he aprendido nada de la vida, pero les aseguro que lo he intentado.

Calló esperando nuestra ovación, pero nosotros comprendimos que su participación requería de algo menos vulgar que hacer ruido como simios. Fuimos hacia él y lo cargamos en hombros. Dimos varias vueltas alrededor del patio mientras él nos acariciaba el cabello. Yo hubiera querido dar más vueltas pero Gerardo, que era el más viejo, se había cansado, así que depositamos al celebrado en su silla para que

el próximo orador se preparara. No nos hizo esperar, en menos de un minuto estaba ya frente a nosotros totalmente desnudo y con un papel en la mano. Rogelio estaba impresionado y quería desnudarse también pero se lo impedí. Gerardo merecía más respeto. Con una mano inició una masturbación mientras que con la otra se abanicaba utilizando el papel blanco de su discurso. Cuando el pájaro aquel se encontraba perfectamente erguido, Gerardo arrugó el papel y marchó alrededor del patio a la manera de un soldado alemán. Concluida una vuelta, el pene había desaparecido volviendo a su tamaño natural. Corrimos a felicitar a Gerardo. Después de la ceremonia hubo una recepción en mi cuarto.

## Die Wirklichkeit

EN ESTE CUARTO DE hospital nada es blanco: las enfermeras visten batas grises y las sábanas son azules. Hay un viejo muriéndose en la cama contigua; ya no respira pero sé que aún vive. Aquí es imposible diferenciar entre la noche y el día, pues no existe ninguna ventana, ningún reloj y ni el viejo ni yo estamos capacitados para establecer una diferencia, ni siquiera hemos averiguado de dónde proviene la escasa luz que ilumina la habitación. En el muro que está a nuestra derecha se pueden distinguir las tres líneas que marcan el perímetro de la puerta; a través de ésta las enfermeras entran y salen esporádicamente. Junto a la puerta reposa un perro: está muerto pero aún respira. Es un perro negro al que sólo es posible ver cuando alguien abre la puerta y lo hace visible al permitir entrar a la habitación la pesada luz que viene de afuera, es decir, del lugar de donde provienen las enfermeras. La última vez que entró una de ellas pude verlo, pero más que un perro me pareció un simio o un gato enorme. No sé por qué estoy aquí, pero no recuerdo que exista otro lugar distinto a éste: se lo he preguntado al viejo pero no me ha sabido responder. Nuestras camas están colocadas paralelamente y apenas están separadas por un metro. Las enfermeras nunca vienen juntas, sólo una cada vez, siempre una. Todavía no he logrado saber cómo funcionan; además, todas son muy parecidas. No traen medicamentos, entran y nos observan durante algunos minutos, a veces hasta horas, y luego se marchan; abren la puerta y entonces es posible ver al perro que, como el viejo, nunca se mueve. Yo, que aún soy joven, intento realizar algunos movimientos: cuando una enfermera sale o entra muevo la cabeza para observar al perro. En ocasiones cuando estoy optimista junto las rodillas y las golpeo suavemente entre sí; otras veces, aunque muy singulares, me siento lleno de energía y con una mano me despojo de la sábana para mirar mi cuerpo. Me gustaría que el viejo mirara también mi cuerpo; sobre todo en esos momentos que lo reconozco mío y puedo mover simultáneamente las rodillas y el cuello.

Ciertas veces entra a nuestra habitación una enfermera cuya figura ha terminado por serme familiar: se detiene frente a mi cama y se deshace de su bata gris. Su cuerpo es delgado y hermoso aunque manchado por moretones y cicatrices que parecen hechas recientemente. Después arrastra una silla y se sienta al lado derecho de mi cama ignorando al viejo. Abre las piernas y me muestra su vagina. Para mí no significa nada, sino algo demasiado vivo, excesivo. Se masturba mientras me mira inexpresivamente. Yo cierro los ojos pero es inútil, sigo viendo su mano sacudir violentamente su pubis. Con un pie engancha la sábana y la tira al suelo. Mi cuerpo en ese momento me resulta muy extraño. Sé lo que ella hará a continuación. Es

invariable: extraerá una jeringa y se inyectará en el brazo. Mientras se inyecta dobla su cuerpo y me muestra el culo. En las nalgas están inscritas dos palabras con letras rojas que nunca he podido comprender. Nunca me toca, a veces pienso que se arrojará sobre mí para hacerme daño, pero es un miedo injustificable. Después de inyectarse se tira al suelo y permanece en posición fetal durante varias horas. A veces, cuando recupero mi cuerpo y deseo mostrarlo, quisiera que ella viniera, pero nunca ha sucedido, supongo que será imposible. Estoy seguro de que el viejo se da cuenta de todo esto pero lo ignora. Cuando era más joven también debió pasar por algo similar; ahora es mi turno. Supongo que es la ley de la vida.



## Ford 66

LA CALLE ESTABA AÚN húmeda por la lluvia y a través de las ventanas de los edificios era posible observar los rostros temerosos de los inquilinos. La lluvia había comenzado a caer desde muy temprano y los autos flotaban desplazándose lentamente por las avenidas. Todos los semáforos habían dejado de funcionar y de las coladeras brotaban torrentes de agua sucia. Un gigantesco cartel que permanecía impune sobre una azotea se había venido abajo al fallar la estructura metálica que lo sostenía, sepultando a una docena de autos y a una mujer madura que cruzaba la calle. El propósito del cartel era anunciar medias de nylon que al humedecerse provocaban un sutil espejismo erótico. Un par de hermosas piernas de más de nueve metros de largo habían interrumpido bruscamente la circulación de autos en la calzada de Tlalpan. El líquido escurría por la superficie del anuncio metálico formando una cortina de agua y causando una atractiva impresión visual en aquellos que se acercaban a observar el cartel. Un hombre de más de cuarenta años que pasaba por ahí, incapaz de contener la excitación que le provocaban aquellas piernas, se masturbó sobre el cofre de un Ford 66 que había quedado atrapado en el congestionamiento.

A una cuadra del accidente, la calle parecía abandonada. Nadie se atrevía a salir de sus casas, recelosos de la noche que había llegado de un modo imprevisto. Sólo una mujer caminaba sobre la acera; el rostro levantado como si estuviera mirando hacia el horizonte y el vestido de tela untado a su cuerpo causaban la impresión de estar mirando a una mujer desnuda caminar en la playa. El ruido que hacían los tacones de sus zapatos al golpear el piso dominaba la calle en toda su extensión, de esquina a esquina era posible escuchar aquel cadencioso paso imposible de localizar si uno cerraba los ojos. La lluvia comenzó repentinamente y ella, temerosa, buscó el refugio más próximo: una casa deshabitada cuya demolición llevaba ya varios meses, pues era realizada por un solo hombre.

Yo la había observado desde el umbral de una puerta y había decidido seguirla cautelosamente tan sólo para hacer más duradero el placer de mirar sus piernas delgadas desplazarse con la arrogancia y fragilidad de un gato. La ambulancia circulaba en sentido contrario con el fin de llegar más rápido al sitio del accidente. La mujer madura agonizaba bajo los restos del anuncio metálico sin que nadie fuera capaz de localizar exactamente el lugar del que provenían los gemidos. Fue un niño quien señaló que el herido se encontraba justo bajo la palabra «constante» y hasta entonces los bomberos pudieron perforar el cartel encontrando a una mujer que sangraba abundantemente. El anuncio decía: «Medias La Fayette, una caricia

constante». Al verla introducirse a aquella vivienda en ruinas, me detuve indeciso, miré a mi alrededor y pude sentir el peso de cientos de miradas observarme tras de los ventanales empujándome hacia ella. Era imposible, la lluvia impedía cualquier tipo de visibilidad, estábamos solos, nadie más. Los inquilinos dormían o veían la televisión, la lluvia arreciaba y mi ropa estaba empapada. En ese momento, los faros ubicados discretamente a lo largo de la calle se encendieron y yo di un paso que fue seguido de otro y otro hasta que me vi corriendo, poseído por el deseo de enfrentarme definitivamente al temor que me despertaba el entrar a aquella casa donde ella se sabía sola e ignorada de los otros. La encontré sentada sobre un montón de cascajo, despojándose de sus medias humedecidas, e iluminada por la luz de un farol que se había encendido repentinamente. Me arrojé sobre ella intentando sujetarla con mis brazos al tiempo que le introducía desesperadamente la lengua por los oídos; ofuscado por el violento deseo de poseerla, de hacerle daño, no me percaté que había dejado de oponerme resistencia abandonando su cuerpo al azar. Me lo había entregado como muestra de su impecable desprecio. La ambulancia tuvo que decidirse por una vía alterna para conducir a la mujer madura hacia un hospital y eligió la calle más próxima. Los inquilinos abandonaron las camas y las televisiones corriendo a las ventanas atraídos por el escándalo de la Cruz Roja. La lluvia continuaba, un hombre se moría de ansiedad sobre el cuerpo desnudo de una mujer ausente y dos niños llevaban en las espaldas un enorme letrero metálico cuyas letras inscritas en la superficie formaban la palabra «constante».

# La Gran Vía

DESDE LA PLAZA DEL Callao se podía ver la Torre España con sus decenas de anuncios luminosos hablando en voz baja. Eran las once de la noche y la temperatura era de siete grados centígrados. Caminé sobre la Gran Vía sin perder por más de un minuto la noción del tiempo y la temperatura, cada dos o tres cuerdas se alzaba rígido un reloj-termómetro ofreciendo su información a los transeúntes. Me detuve en una parada de autobús en donde había un asiento y un mapa. Sobre éste alguien había escrito con letras rojas: PUERCOS FASCISTAS. En la banca estaba una mujer mirando pasar los autos. Me senté yo también y segundos después llegó el autobús; en su interior sólo podían apreciarse una docena de sombras inmóviles. El vehículo tardó varios minutos en ponerse de nueva cuenta en movimiento. Cuando lo hizo escuché una voz delgada y apenas audible:

—¿Vas a matarme?

Su cuello estaba atado por dos suaves arterias y sus piernas se insinuaban a través de un par de medias negras.

—¿Vas a matarme?

—Sí.

—¿Cómo lo harás?

—No sé.

—¿Eres *yonkie*?

—No.

En la otra acera, justo frente a nosotros, estaba un reloj-termómetro. La temperatura había descendido a seis grados y el reloj decía que eran las doce y seis minutos. Otro autobús se detuvo, bajaron dos hombres riéndose y se alejaron por la Gran Vía. Los seguí durante unos segundos con la vista hasta que se perdieron en San Bernardo.

Tenía el rostro pálido y sus cejas eran un par de violentos trazos negros.

—No me hagas nada y quédate conmigo.

—No te haré nada.

—¿Y te quedarás?

—No sé.

La Torre España parecía caer sobre nosotros, sentí que el piso se movía y que la destrucción llegaría a las doce treinta; nada sucedió, sólo la temperatura descendió a cinco grados. Allí estuve durante dos horas más, sin moverme, sin decir nada, porque aquella mujer no me lo permitía, inmóvil también parecía haber congelado mi cuerpo.

—¿Tienes frío? —me preguntó.

—Sí.

—Puedes irte si quieres.

—Prefiero estar aquí.

Un auto policía del Ayuntamiento se detuvo frente a la banca. Nos observaron por algunos segundos y se marcharon. Entonces sentí su cuerpo cálido y extremadamente frágil estrechándose contra el mío. El autobús se detuvo y esta vez subió una pareja. La noche parecía irse también dentro del autobús cuando éste se puso en marcha. La mujer había muerto a las seis de la mañana cuando la temperatura comenzaba a subir. La estreché aún más contra mi cuerpo de modo que su rostro quedó escondido en mi pecho. Le besé el cuello y le metí la lengua por un oído. La gente pasaba sin reparar en nosotros. Introduje con suavidad mi mano izquierda bajo su blusa y le acaricié los senos; a las seis treinta y cinco comencé a masturbarme tímidamente, el movimiento de mi mano era imperceptible. A las seis cuarenta eyaculé sobre su rostro y tuve la impresión de que se había tragado todo mi semen. La Gran Vía estaba ahora completamente iluminada y la Torre España era un edificio espigado y sucio. La gente iba y venía, decenas de autobuses se detuvieron frente a la banca y ningún pasajero nos miró siquiera. Allí estuve durante dos o tres días; débil y ya sin fuerza para soportar el cuerpo de mi amante, me desvanecí a las siete veintidós de una noche cuya temperatura alcanzaba apenas los seis grados centígrados.

## Afrokola

LA CIUDAD HABÍA SUCUMBIDO, harta de sí, presa de su movimiento irreparable. Durante las noches resoplaba intentando aparentar que aún se conservaba con vida. Aislado, dentro de mi habitación, escuchaba el murmullo de los autos recorriendo las avenidas solitarias que a las tres de la mañana se convertían en sutiles espejismos animados por el alumbrado público y por la memoria de los conductores. La pantalla del televisor iluminaba mi rostro dejando caer sobre la cama un alud de imágenes distintas cuyo único objetivo era sucederse continuamente; apenas se tocaban unas a otras desaparecían cayendo sobre mi cuerpo y atravesándolo por medio de una luz efímera. Hacía muchos días que permanecía en duermevela, solo, refugiándome de la cotidiana hecatombe urbana. Era una marioneta inmóvil descubierta parcialmente por la luz que emitía una televisión sin volumen.

En el mes de julio, las lluvias se desbordaban en las calles, escandalizando al golpear la carrocería metálica de los automóviles e inundando arteralmente los largos patios y corredores de las vecindades. En agosto, varios hombres subían las escaleras de un hotel de doce pisos esperando la noche para lanzarse contra el piso. En noviembre, los trolebuses tomaban rutas diferentes a las habituales, creando así el descontento y la confusión entre la gente adicta a este tipo de transporte. Mientras todo esto sucedía y el tiempo era marcado irreversiblemente por un número y almacenado en su totalidad en un calendario, yo mantenía los ojos sobre la pantalla transformando mi memoria en una especie de túnel sin puertas a través del cual la información pasaba sin dejar huella y sin detenerse nunca. Mi pasado se construía diariamente y de inmediato era relegado al olvido: podía haber nacido cualquier día de 1960 dentro de una sala equivocada en el Hospital de la Buenaventura o una noche fría de 1972 en las ásperas manos de una partera que durante el día diseccionaba pacientemente, sirviéndose de unas tijeras, los cuerpos de cientos de aves sobre el mostrador de una pollería; quizás mi existencia fuera tan sólo un truco publicitario que se había hecho costumbre en la última parte del siglo xx y que ahora en los comienzos del siglo xxi pasaba totalmente inadvertido. Mi futuro aparecía con regularidad en todos los canales de la televisión: a veces me veía con un micrófono en las manos interpretando canciones tibias y desangeladas para un público que las encuestas habían calculado en treinta y tres millones de personas; en otras ocasiones, mi cuerpo agonizante era rescatado por un joven ambulante de la Cruz Roja de entre los pedazos de dos autos que se habían encontrado de frente a más de ochenta kilómetros por hora. Todo era presente y éste era efímero. Sobre mi cama habían sucumbido varias generaciones de jóvenes prometedores y se habían vuelto parques y

silenciosos dos o tres airosos románticos que todos los días moldeaban el mundo a su imagen y semejanza. Las programaciones de la televisión variaban todos los meses y fracasaban tratando de forjarse una historia. No había historia porque después de producido cualquier fenómeno era imposible ubicarlo en un cementerio. Nada podía contarse; si alguien quería recordar alguna imagen, tenía sin remedio que volverla a ver y, al hacerlo, ésta se convertía de nuevo en presente. Un día cualquiera, ella llegó hasta mi cuarto y tocó la puerta; en ese momento una luz densa y agobiante abrió una ventana en la pared y le otorgó a todos los cuerpos una concretud extraña haciendo que los muros se tornaran blancos y mi piel se estacionara en esa palidez propia de quien se ha mantenido regularmente fuera del alcance del sol. Entró a la habitación, era una sombra que se movía con agilidad de un lado a otro manoteando y dándome instrucciones acerca de la forma en que debía abandonar el cuarto. Me vestí, haciendo bastante esfuerzo, y sin poner demasiada atención en la perorata de aquella extraña introduje mis pies dentro de los zapatos. Tuve la sensación de estar parado en un charco de agua helada. Justo al lado del televisor estaba un espejo, me acerqué. Mi rostro había perdido personalidad, los ojos sin vida, las facciones congeladas, naturales en quien resulta incapaz de mover un solo músculo si no es estrictamente necesario; la barba incipiente y el cabello negro e imperturbable me acercaban al dudoso recuerdo de mi propio rostro. A mis espaldas, una sombra se esfumaba en el momento mismo de abrir las cortinas, retrocedía e iniciaba un meticuloso trabajo que consistía en asear aquella recámara que parecía conocer a la perfección. Yo la observaba a través del espejo y, aunque intentaba mantener los ojos concentrados en mi imagen, la anciana ocupaba mi atención, sacudía las almohadas, doblaba las sábanas hasta transformarlas en un par de ligeras servilletas y arqueaba su cuerpo para buscar basura y desperdicios bajo la cama. De imprevisto interrumpía sus labores para acercarse hasta donde yo estaba y se levantaba sobre las puntas de los pies para mirar el espejo desde arriba de mi hombro. Gesticulaba con alegría dirigiéndose a mí, pero yo era incapaz de escucharla desacostumbrado como estaba a una voz tan real y directa. Sus labios se movían con pesadez dando la impresión de estar sumergidos dentro de un frasco de formol.

La calle me parecía excesiva, demasiado grave. Todo allí tenía un peso y los colores no guardaban definiciones precisas, eran mezclas arbitrarias e inexactas. Por su parte, las personas ostentaban cuerpos cuyo volumen me era totalmente extraño. En el hotel Cibeles, decenas de obreros se esforzaban en añadir un piso más al enorme edificio; me senté sobre el cofre de un automóvil blanco para observar sus actividades; en el transcurso de su labor, uno de ellos quedó atrapado al derrumbarse la cimbra de madera que adolecía de un armado defectuoso y otro renunció a su trabajo desesperado porque en el plano no se especificaba el fin que se habría de dar a las instalaciones una vez terminadas. Durante el tiempo que permanecí sentado en el automóvil mirando hacia arriba, los obreros construyeron seis pisos más y remataron su obra con un bello cartel comercial que anunciaba medias de nylon. En la ciudad,

cualquiera que observe un comportamiento irregular o diferente al que efectúa la masa es considerado sospechoso. Uno debe sumarse al movimiento de los otros, aunque no tenga un rumbo o un destino definido. Si uno se detiene, de inmediato puede ser cuestionado. ¿Qué podía hacer un hombre sin historia y sin vocación alguna en una ciudad cuyos habitantes pasan veinte veces por una misma calle? Dos mujeres pasaron a mi lado; una de ellas vestía con una falda roja y la otra parecía estar sostenida en el aire por la tela ajustada de su vestido azul. Las seguí pensando que aquellas dos mujeres podían formar parte, sin duda alguna, de cualquier destino efímero, ser un fragmento inesperado a partir del cual las cosas comenzaran a tener nombre. A pesar de sus altos y delgados tacones, las mujeres se desplazaban con ligereza, dejándome atrás con facilidad. Por fortuna entraron a una pequeña tienda de ropa permitiéndome así darles alcance. Pero apenas estuve frente a aquel aparador saturado de colores y de anuncios comerciales las olvidé. Tras el cristal era visible una hermosa imagen congelada y matizada con distintas tonalidades. Me acerqué a la vitrina y observé todo lo que había allí dentro: lápices para labios El Carmesí, cremas suavizantes Beautiful Girl, medias de nylon El Espejismo; hasta entonces tuve conciencia de mis impacientes deseos por ver todo lo que había y sucedía a mi alrededor, por ver a todos y a cada uno de los transeúntes que estuvieran al alcance de mis ojos y espiar por las ventanas de las casas y los edificios; estaba ansioso por hurgar en los aparadores y a través de los parabrisas; nada de comprender, de enjuiciar, no era yo de aquellos que buscaban encontrar el sentido de las cosas. No tenía fe, para mí el mundo era una enorme pantalla cuya única finalidad era la de ser contemplado. El objeto de mi existencia era infinito: autos que pasados algunos años eran destruidos o renovados, mujeres que día a día transformaban su cuerpo en una mina de sensaciones visuales, marquesinas prostituidas por gigantescos títulos de colores, faros de luz que durante las noches modificaban la textura y el color de las paredes, frases sin significado alguno, incapaces de dejar algo en la memoria que no fuera la vaga impresión de sus letras. Todos mis demás sentidos quedaban anulados ante la posibilidad de ver; no deseaba tocar las cosas, para mí era evidente que la mayor parte de cuanto me rodeaba poseía una vulgar concreción, el tocar era siempre reconocer obstáculos. Oír se me presentaba como una molestia más, los autos gemían y las personas hablaban entre sí, todas las cosas eran capaces de crear alguna especie de ruido si se les provocaba, hasta las hojas de los árboles escandalizaban con la ayuda de un poco de viento. Sin embargo, me había acostumbrado a percibir el sonido distraídamente, sin prestar nunca atención, ni siquiera había reparado en los gritos de una mujer cuyo cuerpo se contorsionaba dentro del aparador. Por otra parte, mi nariz había llegado a comportarse de un modo excelente manteniéndose aparte de los grotescos olores producidos por cualquier materia orgánica. Todo ello resultaba tan conveniente para mí, pues pensaba que sería insoportable vivir en un mundo cuya principal característica fuera «oler». Un cuerpo delgado cayó de repente sobre una caja de maquillaje La Aurora, tratando de defenderse de un sujeto que a toda costa

quería poseerlo. La acción se desarrollaba a mis espaldas y se reflejaba perfectamente en el vidrio del aparador. El hecho, que resultaba a todas luces violento, perdía su densidad al reflejarse en aquel cristal y dejaba de ser un acto deleznable para, dentro de aquella pantalla, convertirse en un espectáculo natural.

Toqué el cristal con mis dedos y los deslicé por el cuerpo que cedía paulatinamente. Apenas si advertía los jadeos del hombre obsesionado y el llanto resignado de la víctima. No quise darme vuelta sino que giré mi cuerpo tan sólo noventa grados y caminé sin dejarme tentar por lo real. Había que darle la espalda a la densidad, al escándalo de los cuerpos, a todo lo que reclamara una existencia verdadera. La ciudad por la que caminaba era fea en su conjunto, había sido producida por efecto de un amontonamiento de planos y basuras, de necesidades y gustos retorcidos. Sin embargo, resultaba atractiva porque sobre cualquier montón de basura uno podía hallar, aunque fuera de un modo incipiente, algún anuncio que contuviera información banal. ¿Qué importancia podía tener la fealdad de un edificio de seis pisos si en su azotea se levantaba un cartel anunciando viajes El Águila? Caminé por varias horas recibiendo información de todo tipo hasta que me encontré de nuevo frente a mi hotel. Antes de cruzar la puerta me detuve por un momento para observar la avenida. Los autos circulaban sin prisa y en sentido contrario una mujer parecía caminar dormida; llevaba un bolso negro colgado al hombro y su cabellera roja y desordenada temblaba cada vez que un auto pasaba cerca. Varias personas le gritaban desde la acera tratando de persuadirla para que se dirigiera a un sitio seguro pero ella no escuchaba a nadie, era un bello cuerpo perdido, atrapado entre el flujo de los autos. Las luces del alumbrado público comenzaron a encenderse. El sol se iba, un anuncio de Afrokola tomó su lugar y brilló aún más intensamente. Cansado traspasé la puerta del hotel y subí en el elevador hasta mi habitación. La anciana había dejado todo impecable. Encendí el televisor y me dejé caer sobre la cama. El tiempo se detuvo y mi cuerpo se escindió por completo. La pantalla alimentaba perfectamente mi necesidad visual sin la molestia de las interrupciones. La anciana que me visitaba esporádicamente para hacer la limpieza moriría pronto y quizás después de eso me dejarían en paz. No estaba enterado de que viajes El Águila contaba ya con publicidad en la televisión.





GUILLERMO FADANELLI (Ciudad de México, 1963). Narrador. Director y fundador de la editorial y de la revista *Moho*. En 1991 fundó con algunos artistas españoles el Movimiento Cerebrista, con sede en Madrid. Colaborador en *A Sangre Fría*, *Blanco Móvil*, *Blumpi*, *Complot*, *Día Siete*, *Ensayo*, *El Gallito Inglés*, *El Olor del Silencio*, *Replicante*, *Etcétera*, *Generación*, *Golem*, *Graffiti*, *La Crónica Cultural*, *La Jornada*, *La Pusmoderna*, *La Risa de la Hiena*, *La Tribu*, *La Vanguardia* (Barcelona), *Letras Libres*, *Nitrato de Plata*, *Nitro*, *Nexos*, *Ñ* (Madrid), *Reforma*, *Renegados*, *Sábado*, *Topodrilo*, *Unomásuno*, *Velocet*, *Viceversa* y varias publicaciones más. Obtuvo tres becas del FONCA, en cuento, 1995; apoyo a la edición de revistas independientes, 1996, para *Moho*; y apoyo a proyectos y coinversiones, 1997. Miembro del SNCA, 2002. Premio IMPAC/CONARTE/ITESM, 1998, por *La otra cara de Rock Hudson*. Premio Nacional de Narrativa Colima para Obra Publicada, 2002, por *Lodo*. Premio Grijalbo de Novela, 2012, por *Mis mujeres muertas*.